

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 54

EL CIELO

“Y verán su rostro”.

Apocalipsis 22:4

Nuestro propósito

“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia de Dios en la salvación y promover santidad verdadera en el corazón y la vida”.

Portavoz de la Gracia

54

El cielo

Contenido

Carta pastoral	1
Un breve relato del cielo.....	3
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
El cielo mismo	5
<i>Edward Donnelly</i>	
El cielo como redentor, permanente y definitivo.....	9
<i>Paul Helm</i>	
La visión beatífica.....	13
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
El cielo: Un mundo de amor.....	19
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	
La presencia de Dios y de Cristo	24
<i>Thomas Brooks (1608-1680)</i>	
Meditando acerca del cielo	28
<i>Thomas Reade (1776-1841)</i>	
Un nuevo cielo y una nueva tierra	32
<i>Derek Thomas</i>	
Buscando el mundo del amor.....	40
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	
Travesía a la ciudad celestial	45
<i>John Bunyan (1628-1688)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2025 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

CARTA PASTORAL

Queridos hermanos,

Samuel Rutherford murió en 1661. Mientras agonizaba, su corazón y sus labios rebosaban de amor por Cristo y por la gloria de verlo. Casi 200 años después, en 1857, “Las últimas palabras de Samuel Rutherford” aparecieron en *El tesoro cristiano* (*The Christian Treasury*). La autora fue una mujer escocesa llamada Ann Ross Cousin. Su poema, más tarde titulado *La tierra de Emanuel* (*Immanuel's Land*), apareció en un volumen titulado *La tierra de Emanuel y otras piezas* (*Immanuel's Land and Other Pieces*). Todos los poemas de ese volumen fueron bien recibidos, pero *La tierra de Emanuel* fue aclamado como una “exquisita pieza de poesía” que contenía “estrofas inigualables”. Aunque la sra. Cousin fue la responsable de la versificación, los pensamientos y expresiones procedían de las cartas de Samuel Rutherford, y del ardiente amor y los elevados pensamientos sobre Cristo que pronunció en su lecho de muerte. *La tierra de Emanuel* se redujo, finalmente, a cinco estrofas y los cristianos de habla inglesa, suelen conocerla hoy como *Las arenas del tiempo se hundan* (*The Sands of Time Are Sinking*). Está registrado que las últimas palabras de Rutherford fueron: “Gloria, gloria habita en la tierra de Emanuel”. Y mientras se preparaba para entrar en la eternidad, ¿cuáles eran los pensamientos de Rutherford acerca del cielo? “El Rey en su belleza, sin velo allí se ve”. “¡Oh! Cristo es la fuente, profunda de amor”. “La novia, su vestido, allí no mirará, sino de su esposo la muy hermosa faz; ni gloria, ni corona, sino a mi amado Rey”. La última línea resume, bellamente, el fuego sagrado del amor que surge de cada corazón regenerado: “El Cordero es toda la gloria, de la tierra de Emanuel”. Para Rutherford, el cielo consistía en ver, amar, adorar, rendir culto y existir eternamente en presencia de Jesucristo.

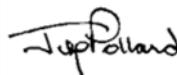
¿Es así como piensan los cristianos actuales? Sin duda, algunos sí. Sin embargo, parece que muchos, si no la mayoría, sólo piensan en ver a ese familiar tan querido que ha fallecido, o en reunirse con los grandes santos que nos han precedido en la gloria, o en explorar las profundidades de la existencia eterna, o en descubrir un lugar de pesca eterno en el que el trabajo no interfiera o, más o menos, lo que los humanos hacen hoy en la tierra, pero sólo que en versiones mejoradas. Reunirse con los seres queridos y descubrir la exquisita belleza de la eternidad en las regiones etéreas formarán parte, sin duda, de ese deslumbrante mundo venidero. Pero estoy de acuerdo con Rutherford: ¡El Cordero es toda la gloria de la tierra de Emanuel! Quiero ver a Aquel que me amó y se entregó por mí. Quiero ver esa cabeza sagrada que llevó mi corona de espinas. Quiero ver

sus manos y pies que colgaron de clavos para la justificación, santificación y glorificación de mi alma inmortal. Quiero ver el costado traspasado por la lanza que demostró que estaba muerto para que yo pudiera vivir en santo esplendor con Él por toda la eternidad. Quiero ver y ser como Jesús, mi Señor y Salvador, el Hijo santo del Padre. Quiero estar en ese lugar con Él donde ningún pensamiento contaminante, ninguna palabra malvada, ni ningún acto vil volverán a manchar y deformar mi vida. Quiero que la gloria del Rey en su belleza penetre cada fibra de mi ser y me llene de santidad eterna que nunca más conocerá la corrupción, la inmundicia, la perversión y el horror del pecado. Cualesquiera que sean los gozos del cielo, ver al Rey en su belleza y beber de su amor hasta la plenitud de un océano, es la gloria de la tierra de Emanuel. Quiero ver el rostro del Novio. ¿Y tú?

Con ese fin, ofrecemos este nuevo número del Portavoz de la Gracia: El cielo. J. C. Ryle nos introduce en el tema del cielo con un breve relato de esa región divina de labios del propio Cristo. Edward Donnelly describe bellamente el cielo mismo como el lugar de la gloria de Dios. Paul Helm nos muestra que, basándose únicamente en las Escrituras, el cielo es redentor, permanente y definitivo. Pocas personas han tenido el gran don de describir las cosas de Cristo con tanta belleza como Charles Spurgeon. Su mirada de la visión beatífica y la gloria de ver a Cristo, deberían avivar el alma anhelante con una esperanza viva. El cielo, ese lugar de la gloria de Dios, es un mundo de amor, dice Jonathan Edwards —un lugar donde, en amor, todos seremos llenos de la plenitud de Dios—. Thomas Brooks continúa donde Spurgeon lo deja, ampliando la gloria de nuestra experiencia con Dios el Padre y Cristo el Hijo: ¡La mejor y más selecta presencia de Dios y de Cristo está reservada en el cielo! Thomas Reade enriquece nuestros corazones con meditaciones sobre el cielo. Medita aquí, amigo, y enciende tu corazón con la esperanza que nos aguarda. ¿Cuál es tu visión del cielo? ¿Es un paraíso de túnicas, arpas y de sentarse en las nubes para siempre? Derek Thomas pinta un cuadro bíblico desafiante del nuevo cielo y la nueva tierra. Edwards, en un segundo artículo, nos dice cómo buscar ese bendito mundo de amor y cómo evitar el infierno, el mundo del odio. Y, por último, completamos nuestro viaje a la ciudad celestial con un fragmento de *El progreso del peregrino*, de John Bunyan.

¿Piensas en la eternidad con Jesucristo el Señor? ¿Piensas en el cielo? Oro para que lo hagas y para que este número del PDG sea una maravillosa ayuda para meditar sobre la vida eterna con nuestro precioso Salvador Jesucristo.

En el amor eterno de Cristo el Señor,
Jeff Pollard



UN BREVE RELATO DEL CIELO

J. C. Ryle (1816-1900)

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1-3).

TENEMOS en este pasaje, un relato muy reconfortante del cielo o de la futura morada de los santos. Es muy poco lo que entendemos acerca del cielo mientras estamos aquí en el cuerpo y, ese poco, se nos enseña generalmente en la Biblia por lo que no es, mucho más que por lo que sí es. Pero aquí, en todo caso, hay algunas cosas claras.

El cielo es la “casa del Padre”, la casa de aquel Dios de quien Jesús dice: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre” (Jn. 20:17). Es, en una palabra, el hogar: El hogar de Cristo y de los cristianos. Ésta es una expresión dulce y conmovedora. El hogar, como todos sabemos, es el lugar donde, generalmente, somos amados por [lo que somos] nosotros mismos y no por nuestros dones o posesiones; el lugar donde somos amados hasta el final, nunca olvidados y siempre bienvenidos. Ésta es una idea del cielo. Los creyentes están en tierra extraña y en la escuela en esta vida. En la vida venidera, estarán en su hogar.

El cielo es un lugar de “mansiones”—de moradas duraderas, permanentes y eternas—. Aquí en el cuerpo, estamos en hospedajes, tiendas y tabernáculos, y debemos someternos a muchos cambios. En el cielo, seremos establecidos por fin y no saldremos más. “No tenemos aquí ciudad permanente” (He. 13:14). Nuestra casa no hecha de manos, nunca será derribada.

El cielo es un lugar de “muchas mansiones”. Habrá lugar para todos los creyentes y lugar para toda clase de personas, para los santos pequeños como para los grandes, para el creyente más débil como para el más fuerte. El hijo de Dios más débil, no tiene por qué temer que no habrá lugar para él. Nadie será excluido, excepto los pecadores impenitentes y los incrédulos obstinados.

El cielo es un lugar donde Cristo mismo estará presente. Él no se contentará con morar sin su pueblo: “Para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:3). No debemos pensar que estaremos solos y abandonados. Nuestro Salvador —nuestro Hermano mayor, nuestro Redentor, quien nos amó y se entregó por nosotros— estará en medio de noso-

tros para siempre. Lo que veremos y a quién veremos en el cielo, no podemos entenderlo plenamente todavía, mientras estemos en el cuerpo. Pero una cosa es cierta: Veremos a Cristo. Dejemos que estas cosas penetren en nuestras mentes. Puede que no les parezca para nada a los mundanos y despreocupados. Pero para todos los que sienten en sí mismos la obra del Espíritu de Dios, están llenos de inefable consuelo. Si esperamos estar en el cielo, es agradable saber cómo es el cielo.

Por último, tenemos en este pasaje, una base sólida para esperar cosas buenas por venir. [Nuestra carne pecaminosa] es propensa a robarnos nuestro consuelo acerca del cielo. “Desearíamos poder pensar que todo es verdad”. “Tememos que nunca seremos admitidos en el cielo”. Escuchemos lo que Jesús dice para animarnos.

Una palabra alentadora es ésta: “Voy, pues, a preparar lugar” (Jn. 14:2). El cielo es un lugar preparado para un pueblo preparado: un lugar, el cual encontraremos que, Cristo mismo, ha preparado para los verdaderos cristianos. Él lo ha preparado procurando el derecho de entrada para todo pecador que crea. Nadie puede detenernos y decir que no tenemos nada que hacer allí. Él lo ha preparado yendo delante de nosotros como nuestra Cabeza y Representante, y tomando posesión de él para todos los miembros de su cuerpo místico. Como nuestro Precursor, Él ha marchado, llevando cautiva la cautividad, y ha plantado su estandarte en la tierra de gloria. Él lo ha preparado, llevando nuestros nombres con Él como nuestro Sumo Sacerdote al lugar santísimo y preparando a los ángeles para recibirnos. Aquellos que entren en el cielo, descubrirán que no son desconocidos ni inesperados.

Otra palabra alentadora es ésta: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo” (Jn. 14:3). Cristo no esperará que los creyentes suban hasta Él, sino que descenderá hasta ellos para levantarlos de sus tumbas y escoltarlos hasta su hogar celestial. Así como José vino al encuentro de Jacob, así también Jesús vendrá a llamar a su pueblo y guiarlo a su herencia. Nunca debemos olvidar la segunda venida. Grande es la bendición de mirar hacia atrás, a Cristo viniendo la primera vez para sufrir por nosotros, pero, no menos grande, es el consuelo de mirar hacia adelante, a Cristo viniendo, por segunda vez, para resucitar y recompensar a sus santos.

Dejemos todo este pasaje con sentimientos solemnes y un serio autoexamen. ¡Cuánto se pierden quienes viven en un mundo moribundo y, sin embargo, nada saben de Dios como su Padre y de Cristo como su Salvador!

Tomado de Pensamientos expositivos en Juan (*Expository Thoughts on John*), vol. 3 (New York: Robert Carter & Brothers, 1880), 51-53; de dominio público.

EL CIELO MISMO

Edward Donnelly

EL cielo mismo es una frase escritural. Se nos dice que Cristo ha entrado “en el cielo mismo” (He. 9:24) —no en la atmósfera, ni en el espacio, sino en el cielo mismo—. El Antiguo Testamento llama a este lugar el “cielo más alto”, “el cielo de los cielos” (2 Cr. 2:6). Pablo, tal vez pensando en la atmósfera como el primer cielo y en el espacio como el segundo, se refiere a él como “el tercer cielo” (2 Co. 12:2). No se nos dice dónde está este cielo, el cielo más alto, pero la Biblia lo describe como el lugar de la morada de Dios. “Mira desde el cielo, y contempla desde tu santa y gloriosa morada” (Is. 63:15), ora el profeta. El rey David espera morar “en la casa de Jehová... por largos días” (Sal. 23:6). El cielo es el hogar de Dios. Oramos “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mt. 6:9).

Si tienes una mentalidad filosófica, podrías objetar esta idea. Sin duda, Dios está presente en todas partes y no puede estar limitado por el espacio o el tiempo. Sí, eso es perfectamente cierto. El rey Salomón dice que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo (1 R. 8:27). Dios no puede estar restringido a ningún lugar, por muy vasto que sea. Entonces, ¿en qué sentido podemos decir que el cielo es el lugar de la morada de Dios? Si Dios está presente en todas partes, ¿cómo es que el cielo es su hogar?

Tal vez, tengamos una pista en la palabra *hogar*. El hogar es donde podemos ser nosotros mismos. Si quieres conocer a las personas, debes verlas en su hogar. No conocerás mucho sobre ellas en el trabajo o en sociedad, elegantemente vestidas y con su mejor comportamiento. Pero en el hogar, las verás como realmente son.

Aunque Dios está presente en todas partes en su poder y sabiduría, en su santidad y justicia, el cielo es su hogar. Y cuando decimos eso, queremos decir que el cielo es donde Dios se revela más claramente y donde lo vemos como realmente es en la plenitud de su ser. John Owen lo expresa de esta manera: “La razón por la que se dice que Dios está en el cielo no es porque su esencia esté contenida en cierto lugar llamado así, sino por las manifestaciones más eminentes de su gloria allí”¹. El cielo es el lugar donde la magnificencia de Dios es revelada expresamente, sus perfecciones brillan en esplendor y belleza inimaginables. El cielo es el lugar de la gloria de Dios.

¹ John Owen, Obras (*Works*), vol. 12, (London: Banner of Truth, 1966), 90.

Por eso, a veces, es descrito en la Biblia y en nuestro lenguaje cotidiano como “gloria”. Los creyentes suelen decir de sus amigos que han muerto que “han ido a la gloria”, es decir, que han ido al cielo. El salmista dice: “Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria” (Sal. 73:24). Él confía en que Dios lo recibirá en el cielo. Se nos dice que Jesús lleva a muchos hijos a la gloria (He. 2:10). El cielo se identifica tan íntimamente con la gloria que ambos términos son casi intercambiables.

“Para gloria mía los he creado” (Is. 43:7). El cielo es el escenario de la gloria. Ésta es la razón por la cual Dios creó los cielos y la tierra. Era un universo de una variedad y riqueza asombrosas; el hombre y la mujer [eran] los espléndidos portadores de la imagen de Dios y el Señor caminaba con ellos en ininterrumpida comunión en el jardín, al fresco del día. Todo reflejaba las excelencias de Dios. La gloria de Dios resplandecía. Todo era muy bueno.

La gloria de Dios disminuyó: Pero esta bendita condición no continuó. El diablo tentó a Adán y Eva, y ellos escucharon. Desobedecieron a Dios, cayeron de su elevada posición y el brillo de la imagen de Dios en ellos, se empañó. Los seres humanos fueron separados de Dios. La muerte entró en el mundo. Dios maldijo la tierra y a sus criaturas. Pablo nos dice que la creación fue sujeta a vanidad, a “la esclavitud de corrupción” (Ro. 8:20-21). La gloria de Dios fue disminuida en el mundo que había creado.

¡Qué tragedia! Dios creó esta tierra y a sus habitantes para su gloria, pero sólo unos capítulos más adelante, en el Génesis, leemos que “la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal... se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba llena de violencia” (Gn. 6:5, 11). Son palabras que rompen el corazón. Un maremoto de pecado y miseria engulle la creación. Pero la tragedia más terrible de la Caída no es lo que nos hizo a nosotros, ni a la tierra, sino lo que le hizo a la obra de Dios —los estragos que causó en el escenario de la gloria de Dios—.

Observa el mundo en el que vivimos. ¿Cómo es? Fíjate en la gente que ocupa puestos importantes: Los poderosos, los formadores de opinión, la élite. ¿Qué clase de personas son? ¿Son muchas de ellas nobles o puras, veraces o amorosas? Considera la creciente corrupción de nuestra sociedad. ¿No es demasiado evidente que los seres humanos están “destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23)? Observa nuestro planeta con su aire y agua contaminados, sus inundaciones y tormentas, sus guerras, enfermedades y hambrunas.

Parece como si Satanás hubiera obtenido una gran victoria al desfigurar lo que Dios ha creado, haciendo despreciable la revelación de la gloria de Dios. La gloria sigue siendo visible, por supuesto. Podemos ver

destellos de ella, aquí y allá, y de vez en cuando. Sin embargo, ¡qué lamentablemente pequeña es en comparación!

La gloria de Dios se ha manifestado; la gloria de Dios ha sido disminuida; pero la gloria de Dios también ha sido restaurada.

La gloria de Dios restaurada: Aquí, alabado sea Dios, es donde entra el cielo. A pesar de todo el pecado y la tragedia, hay un reino creado intacto, no contaminado, donde la gloria de Dios todavía brilla con una belleza trascendente —y ese es el *cielo*—. Satanás ha sido proscrito² del cielo. En ese lugar gozoso, los santos ángeles adoran y sirven al Señor en toda su majestad y esplendor. En el cielo, la gloria de Dios siempre ha brillado. En el cielo, sigue brillando.

De esa región luminosa procede el contraataque aplastante. El cielo es el lugar desde el cual, la gloria de Dios retorna a la tierra para hacer gloriosos a la tierra y a sus habitantes. La historia de la Biblia es la historia del cielo volviendo a este mundo, apoderándose de él y llenándolo de nuevo. Se trata de la revelación y restauración de la gloria de Dios y eso, de una manera mucho más rica y maravillosa en Cristo que lo que jamás se vio en el Edén o en Adán.

Así, Dios comienza a obrar en la historia. Todo lo que Él hace es por una razón —por su gloria—. Ese es el propósito y la pasión de Dios. Él elige a un pueblo en la eternidad. ¿Para qué? Para su gloria. Él escoge a Israel para su gloria. Los libera de Egipto para su gloria. Los restaura después del exilio para su gloria. Cuando leas el Antiguo Testamento, di a ti mismo: “¡La gloria está viniendo, la gloria está viniendo!”. En cada página, en cada época de la historia de Israel, la gloria está viniendo.

Entonces, por fin, Dios envía a su Hijo. Cuando Cristo nace, se abren los cielos y una multitud de las huestes celestiales alaba a Dios. ¿Su tema? “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” (Lc. 2:14). Juan dice que la gloria de Dios fue visible en Jesús de Nazaret, “gloria como del unigénito del Padre” (Jn. 1:14). Jesús aplastó al diablo, enemigo de la gloria. Vivió una vida perfecta y murió una muerte expiatoria³ para pagar por los pecados de su pueblo. Al acercarse a la cruz, resumió su vida y su obra con estas palabras: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn. 17:4). Después de su muerte y resurrección⁴, retornó a la gloria de la que había venido.

² **Proscrito** – Echado del territorio de su patria. Exiliado, desterrado, expatriado, condenado.

³ Ver Portavoz de la Gracia N° 51: *Expiación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁴ Ver Portavoz de la Gracia N° 36: *Cristo en la cruz* y N° 42: *Resurrección*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

Y la gloria del cielo, la cual Cristo poseía y reveló, y por la que vivió y murió, es transmitida a otros. En el mismo momento en que las personas creen en Él, puede decirse que entran en el cielo. Los creyentes reciben y entran en la gloria. Pasamos de muerte a vida y Dios “nos hizo sentarnos en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:6). Luego, lentamente, paso a paso, crecemos en gracia, y la gloria empieza a brillar en nosotros y desde nosotros. Y así, semana tras semana, año tras año, nos vamos transformando “de gloria en gloria” (2 Co. 3:18) en la imagen de Jesucristo. Vemos la gloria de Dios en los rostros de los demás que es el cielo bajando a la tierra y la gloria extendiéndose. Y cuando morimos, nuestras almas pasan inmediatamente al cielo, a la gloria.

Entonces, Jesús vendrá de nuevo en las nubes del cielo. Seremos resucitados y nuestros cuerpos serán cambiados, transformados y gloriosos. Todo el universo creado será renovado cuando Dios, por medio de Cristo, reconcilie consigo todas las cosas. Todos los efectos del pecado serán eliminados y todo lo que Satanás ha hecho será cancelado. La Nueva Jerusalén descenderá de Dios, del cielo a la tierra, y habrá un cielo nuevo y una tierra nueva: Una maravillosa realidad llena del resplandor de Dios, palpitando con su presencia inmediata y su gloria trascendente. La gloria de Dios será restaurada por completo.

Escucha a Jonathan Edwards: “En el conocimiento, la estima, el amor, el regocijo y la alabanza a Dios por parte de la criatura, la gloria de Dios es *exhibida y reconocida*... Los rayos de gloria vienen de Dios, son algo de Dios, y son devueltos a su origen. De modo que todo es *de* Dios, y *en* Dios, y *para* Dios; y Él es el principio, y el medio, y el fin”⁵.

El cielo fue creado para la gloria de Dios. Es el lugar donde su gloria se conoce más plenamente.

Tomado de Enseñanza bíblica sobre las doctrinas del cielo y el infierno (*Biblical Teaching on the Doctrines of Heaven and Hell*), The Banner of Truth Trust, Edinburgh, 2001. Usado con permiso.

Edward Donnelly: Ministro de Trinity Reformed Presbyterian Church, Newtownabbey; profesor en el Reformed Theological College, Belfast, Irlanda, Reino Unido.



⁵ Las obras de Jonathan Edwards (*The Works of Jonathan Edwards*), vol. 1, (Banner of Truth Trust, 1974), 120.

EL CIELO COMO REDENTOR, PERMANENTE Y DEFINITIVO

Paul Helm

NO es bueno especular sobre el cielo. Para obtener cualquier información sobre él, debemos confiar plenamente en la revelación divina. Cuando los científicos han estudiado sistemáticamente las propiedades físicas del universo, a veces, sus teorías han entrado en conflicto con las interpretaciones de la revelación divina y *vice-versa*. Pero en el caso del cielo, no hay perspectivas de tal conflicto porque no hay nadie que tenga la capacidad natural de ser un estudioso del cielo como los hombres estudian la tierra. Este hecho sirve para subrayar el hecho adicional de que la única fuente de verdad para el cristiano es la revelación especial de la Escritura.

La enseñanza bíblica sobre el cielo, enfatiza que éste tiene un carácter, fundamentalmente, *redentor*. La expectativa natural de todos nosotros es que nos debilitaremos, y, eventualmente, enfermaremos y moriremos. Pero no existe ninguna expectativa natural de un tipo similar con respecto al cielo. El cielo no es como la transformación de una oruga en mariposa, un cambio natural que es posible explicar mediante cambios químicos. Dar a la gente la impresión de que sí lo es y ofrecer así, consuelo y fortaleza en un momento de pérdida, es dar paso a un profundo y peligroso error porque es engañar a quienes lo creen, con un falso sentido de seguridad.

El cielo no es una etapa de un proceso natural. El cielo es *redentor*. Hay dos líneas de evidencia bíblica que lo confirman. La primera es el contraste entre el pecado humano en la tierra y la pureza inmaculada del cielo. Entrar en el cielo tal como somos y que, en ese proceso, el cielo siga siendo el cielo, es una imposibilidad moral. Nada inmundo puede entrar en el cielo (Ap. 21:27), por lo que la idea de que la muerte marca una transición natural e inevitable a la dicha del cielo, una dicha que nos espera a todos, es un error profundo y mortal. El cielo es hecho posible, sólo gracias a la obra de Cristo y a la unión personal con Él por la fe. Su resurrección y glorificación son las primicias de todos los que han muerto “en” Él, debido a que Él ha vencido al pecado y ha comprado el cielo.

Cristo se humilló a sí mismo y como resultado, Dios Padre lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre ante el que se doblará toda rodilla (Fil. 2:10). Es Cristo quien obtuvo eterna redención para nosotros y, por ello, entró en los cielos (He. 9:12). Es Cristo y sólo Cristo, quien “sacó a luz la

vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti. 1:10). Es Cristo quien ha ido a preparar lugar para su pueblo (Jn. 14:2), para que aquellos que el Padre le ha dado puedan estar con Él donde Él está, para que vean su gloria, la gloria que Él tenía con el Padre antes de que el mundo fuese (Jn. 17:5, 24).

No hay perspectiva del cielo sin Cristo. Porque el cielo es el fruto, el punto final, de su obra redentora; es ese estado en el cual el pecado y todas sus consecuencias serán, finalmente, derrotados y erradicados, cuando esto corruptible *se vista* de incorrupción y esto mortal *se vista* de inmortalidad (1 Co. 15:53). Porque sólo “entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Co. 15:54).

Así, el cielo es hecho posible —y hecho *real* para los creyentes— por la obra de Cristo y sólo por su obra. El cielo es la corona de la salvación, la bendición última. Puesto que el cielo es redentor, está centrado en Cristo. La Escritura enfatiza que, no sólo la esperanza y ambición del creyente es estar con Cristo, sino también que Cristo es el corazón del cielo, tanto su punto focal como su eje, Aquel que da al cielo su gloria, santidad y bienaventuranza. El Cordero es el centro (Ap. 21:23). Y la esperanza del creyente, mientras esté aquí en la tierra, es estar con Cristo, verlo tal como es y ser como Él; participar en la adoración y el servicio de Aquel que, por su amor y su sangre, ha redimido, y clamar: “¡El Cordero que fue inmolado es digno!” (Ap. 5:12).

Pero, en segundo lugar, el cielo es *permanente*. La vida en la tierra es transitoria⁶ y es una transición hacia otro estado: La vida después de la muerte, el cielo o el infierno. Pero el cielo o el infierno no son, en sí mismos, estados de transición hacia otros estados. Ese es el significado del juicio⁷... porque el juicio es el juicio *final* y los destinos humanos se resuelven de acuerdo con la justa determinación del Juez.

Decir que el cielo es *permanente*, destaca el hecho de que es en el cielo donde se declara, abierta y públicamente, la seguridad final de los creyentes en Cristo. La seguridad de la Iglesia tiene su origen en la eternidad, pues es conforme al propósito eterno de Dios que los hombres y mujeres vengan a la fe en Cristo (Ef. 1:4). Pero durante la vida del creyente en la tierra, esta seguridad, aunque tan real como siempre fue y siempre será, no es hecha manifiesta. Es suficientemente real porque el propósito de elección de Dios nunca vacila ni varía. Pero no es públicamente evidente. A menudo, no es evidente para el propio creyente, aunque esté sostenido por la divina gracia y por la divina promesa de la per-

⁶ **Transitoria** – Temporal.

⁷ Ver FGB 210, *Day of Judgment*, en inglés (Día del Juicio). Disponible en CHAPEL LIBRARY.

severancia y gloria finales. Pero en el cielo, esta *permanencia* será evidente, entre otras cosas, porque el “cuerpo espiritual” del que se ha de revestir el creyente, forma parte de la incorruptibilidad que entonces poseerá. En el estado de resurrección, no será posible para un creyente caer en el pecado, ni sucumbir a la tentación y a la debilidad. Será incorruptible. No hay perspectiva de una segunda Caída.

La seguridad final del creyente se produce, por la gracia de Dios, mediante el don de una nueva naturaleza y la plena realización de lo que significa estar “en Cristo”. La perseverancia y la seguridad final se hacen evidentes mediante la impartición de una plena nueva naturaleza; la imagen de Cristo es impartida a todos aquellos que están en Cristo, quienes han sido incorporados por Dios a la muerte y resurrección de Cristo, quienes han sido predestinados para que fuesen hechos conformes a la imagen del amado Hijo de Dios (Ro. 8:29). Así como es imposible que Cristo peque o haya pecado, así será imposible, al final, que todos los que están en Cristo pequen.

Algunos teólogos cristianos, particularmente bajo la influencia de las formas del pensamiento griego, a veces, han concebido el cielo en términos estáticos, como el lugar donde cesa todo cambio. Consideraban el cielo en estos términos porque, para ellos, el cambio era sinónimo de decadencia y reconocían que no podía haber decadencia en el cielo. Concluían que tampoco podía haber cambios en el cielo. Aunque tal concepción del cielo está lejos de la verdad, contiene un germen de verdad: El cielo es estático en la medida en que el carácter moral de los creyentes en el cielo nunca puede decaer. Habrá crecimiento y movimiento en el cielo, sin duda, porque no puede haber cuerpos sin cambio, pero no habrá decadencia.

La *permanencia* del cielo, la incapacidad de pecar de los que están en el cielo, no es una incapacidad que se mantiene mecánicamente por alguna fuerza o poder externo, como la incapacidad de salir de una habitación puede deberse a una fuerte cerradura, sino que se produce por un cambio en la naturaleza personal. No es meramente que la persona no quiera pecar, sino que *no puede* querer pecar; y no puede querer pecar porque tiene una naturaleza santa y sin pecado. Tal idea es anatema⁸ para muchas mentes modernas, para las que la capacidad de escoger entre diferentes cursos de acción, entre (el bien y el mal, suponiendo que tal elección sea posible) es un bien supremo, y la idea de que una persona pueda cambiar de tal manera que ya no le sea posible escoger lo que es malo, se considera una infracción⁹ de su libertad.

⁸ **Anatema** – Aborrecible.

⁹ **Infracción** – Violación.

Pero éste no es el punto de vista bíblico. Mientras que la Escritura valora la capacidad de una persona para actuar sin restricciones ni coacciones¹⁰, le da un mayor valor al individuo que actúa de acuerdo con la verdad, de acuerdo con lo que es recto. La “libertad” en la Escritura, no es la libertad que tiene un individuo amoral para hacer lo que quiera; sino que es el servicio a Dios. Es esta libertad, en contraste con la esclavitud al pecado, la que Cristo prometió a sus seguidores (Jn. 8:32-36). Por tanto, por muy “libre” que sea una persona —políticamente, financieramente o en otros aspectos— si sus decisiones sin coacción son pecaminosas, esa persona no es libre, sino que está en esclavitud.

La libertad del cielo, entonces, es la libertad del pecado; no es que el creyente sólo esté libre del pecado, sino que está tan constituido o reconstituido de tal manera que *no puede* pecar. No quiere pecar y no quiere querer pecar. En este sentido, es como Cristo que, aunque fue tentado, no pudo pecar. Si tener tal carácter moral es ser menos que libre, como muchos sostienen, entonces, por supuesto que Cristo no es libre ni tampoco lo es Dios el Padre. Pero es un miserable engaño suponer que sólo si Dios pudiera pecar, sólo si pudiera sucumbir a la tentación, entonces sería libre. La suprema gloria de Dios y lo que lo hace sumamente digno de adoración, el objeto de la confianza más absoluta, es que Él es incapaz de cambiar, de apartarse del inmaculado¹¹ estándar de su propia santidad majestuosa (Stg. 1:17). Si Dios pudiera hacer el mal, ¿cómo puede alguien saber que no lo ha hecho y que no lo hará?

Tomado de Las últimas cosas: Muerte, juicio, cielo e infierno, (*The Last Things: Death, Judgment, Heaven and Hell*), The Banner of Truth Trust, Edinburg; usado con permiso; banneroftruth.org.

Paul Helm: Filósofo y teólogo británico reformado; docente asociado en Regent College, Canadá y profesor de Teología en el Highland Theological College, Escocia.



¹⁰ **Sin restricciones ni coacciones** – No restringido ni provocado por la fuerza.

¹¹ **Inmaculado** – Libre de mácula [mancha, pecado].

LA VISIÓN BEATÍFICA¹²

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Y verán su rostro” (Apocalipsis 22:4).

AMADOS, ¿no han sentido a veces, como yo, que hubieran deseado ver el rostro del Bienamado, aun en su dolor y agonía? No pasó mucho tiempo antes de que la belleza de Jesús comenzara a ser empañada por sus dolores internos y sus dificultades diarias. Él tenía la apariencia de un hombre de cincuenta años cuando apenas tenía treinta. Los judíos decían: “Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?” (Jn. 8:57). Se nos dice que “de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres” (Is. 52:14) porque sobre sí, “llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (Is. 53:4), y todo este dolor sustitutivo, trazó profundos surcos en esa bendita frente, hizo que se hundieran las mejillas y que los ojos se enrojecieran de tanto llorar. Con todo¹³, hubiera querido contemplar el rostro del Varón de dolores; hubiera querido ver “sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas, que se lavan con leche y a la perfección colocados” (Cnt. 5:12), aquellas fuentes de piedad, pozos de amor y manantiales de dolor. De buena gana, hubiera admirado con adoración “sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como fragantes flores; sus labios, como lirios, que destilan mirra fragante” (Cnt. 5:13). Pues todo el sufrimiento que padeció, no pudo quitar a ese rostro desfigurado, su majestad de gracia y santidad, ni retirarle una línea de esa belleza mental, moral y espiritual que eran peculiares del hombre perfecto. ¡Oh, cuán terriblemente hermoso debió de parecer aquel rostro amado cuando estaba cubierto del carmesí del sudor ensangrentado, cuando los radiantes matices de sus rosados sufrimientos bañaban el lirio de su perfección! ¡Qué visión debe haber sido aquella del Varón de dolores cuando dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mt. 26:38)! ¿Qué habrá sido mirar su rostro cuando su frente estaba ceñida con la corona de espinas, cuando las gotas de rubí se sucedían, una tras otra, sobre aquellas mejillas magulladas que habían sido escupidas por las vergonzosas bocas de los escarnecedores? ¡Aquello debió haber sido un espectáculo verdaderamente doloroso! Pero, tal vez, aún más espantoso era el rostro del Redentor cuando dijo:

¹² **Visión beatífica** – La experiencia de contemplar la gloria y las perfecciones de Dios, una experiencia que los redimidos disfrutarán por toda la eternidad.

¹³ **Con todo** – De buena gana.

“Tengo sed” (Jn. 19:28), cuando, en la más amarga angustia, gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Entonces, en efecto, el sol del universo sufrió un horrible eclipse; luego, la luz del cielo fue cubierta por un tiempo por una tempestuosa nube negra. Ese rostro, en tal condición, no lo hemos visto ni lo veremos; sin embargo, amados, *veremos su rostro...*

La mayor bendición del cielo, la crema del cielo, el cielo del cielo, es que los santos *verán allí a Jesús*. Habrá otras cosas que ver... ¿Quién hablará a la ligera de calles de oro cristalino y de las puertas de perlas? No olvidaremos que veremos ángeles, serafines y querubines; ni dejaremos de recordar que veremos apóstoles, mártires y confesores, junto con aquellos con quienes hemos caminado y con quienes hemos tenido comunión en nuestro Señor mientras estábamos aquí abajo. Contemplaremos con seguridad, a aquellos de nuestros parientes difuntos que duermen en Jesús, queridos para nosotros aquí y todavía queridos para nosotros, “no perdidos, sino que se han ido antes”. Pero, aun así, a pesar de todo esto, el principal pensamiento que tenemos ahora del cielo y, ciertamente, la principal plenitud del mismo cuando llegemos allí, es precisamente éste: ¡Veremos a Jesús!...

Deseo conocer lo que a Dios le plazca enseñarme; pero más allá de eso, incluso la ignorancia, será mi dicha. Algunos han hablado de revolotear de estrella en estrella, viendo las maravillas de Dios en todo el universo —al que Él gobierna en esta provincia de su amplio dominio— [y] cómo Él gobierna en aquella otra región de su vasto dominio. Puede que así sea, pero eso no sería el cielo para mí.

Hasta donde puedo juzgar en este momento, preferiría quedarme en casa y sentarme a los pies de Cristo para siempre que vagar por la vasta creación... Si Jesús no fuera infinito, no hablaríamos así; pero puesto que Él es divino en su persona y, en cuanto a su humanidad, tan cercano a nosotros que existe entre nosotros la más estrecha simpatía posible, siempre habrá nuevos temas para pensar, nuevas fuentes de gozo para aquellos que se ocupan en Él. Ciertamente, hermanos y hermanas, para ningún creyente sería deseable el cielo si Jesús no estuviera allí o, si estando allí, no pudieran disfrutar de la más íntima y querida comunión con Él. Una visión de Él, primero convierte nuestra tristeza en gozo; una renovada comunión con Él nos eleva por encima de nuestras preocupaciones presentes y nos fortalece para soportar nuestras pesadas cargas: ¿Cómo debe ser la comunión celestial? Cuando tenemos a Cristo con nosotros, estamos contentos con una migaja y satisfechos con un vaso de agua; pero si su rostro está oculto, el mundo entero no puede proporcionarnos consuelo —hemos enviudado de nuestro Amado, nuestro sol se ha puesto, nuestra luna se ha

eclipsado, nuestra vela se ha apagado—. Cristo es el todo en todo para nosotros aquí y, por eso, suspiramos y anhelamos un cielo en el que Él sea el todo en todo para nosotros para siempre. Así será el cielo de Dios. El paraíso de Dios no es el Elíseo¹⁴ de la imaginación, la Utopía¹⁵ del intelecto o el Edén¹⁶ de la poesía, sino el cielo de la intensa comunión espiritual con el Señor Jesús —un lugar donde se promete a las almas fieles que ellos “verán su rostro” (Ap. 22:4)—.

En la visión beatífica, es a Cristo a quien ven. Y además, es su *rostro* lo que contemplan. No verán las faldas de su manto como Moisés vio las espaldas de Jehová (Éx. 33:23); no se contentarán con tocar el borde de su manto o sentarse a sus pies donde sólo pueden ver sus sandalias, sino que “verán su rostro”. Por [esto,] entiendo dos cosas: Primero, ellos, literal y físicamente, con sus cuerpos resucitados, mirarán realmente al rostro de Jesús; segundo, sus facultades mentales serán *espiritualmente* ampliadas, de modo que estarán capacitados para mirar en el corazón mismo, el alma y el carácter de Cristo, a fin de comprenderlo a Él, su obra, su amor, su todo en todo, como nunca antes lo habían comprendido. Literalmente, digo, verán su rostro, pues Cristo no es un fantasma. Y en el cielo —aunque divino y por tanto espiritual— sigue siendo un hombre y, por lo tanto, material como nosotros. La misma carne... que sufrió en el Calvario, está en el cielo; la mano que fue traspasada con el clavo, ahora en este momento, empuña el cetro de todos los mundos; la misma cabeza que estaba inclinada por la angustia, ahora está coronada con una [corona real con joyas]; y el rostro que estaba tan desfigurado, es el mismo rostro que brilla resplandeciente en medio de los tronos del cielo. Se nos permitirá contemplar ese mismo rostro. Oh, ¡qué visión! ¡Pasen años; apresúrense meses y días [que se demoran] para que podamos contemplar, aunque sea una vez, a Él, a nuestro Amado, quien cuida nuestros corazones, quien “con [su] sangre nos ha redimido para Dios” (Ap. 5:9), de quien somos y a quien amamos con un deseo tan apasionado que, por estar en su abrazo, sufriríamos satisfechos diez mil muertes! [Los santos] verán, realmente, a Jesús.

Sin embargo, la visión espiritual será aún más dulce. Creo que el texto implica que, en el mundo venidero, nuestras facultades mentales serán muy diferentes de lo que son ahora. En el mejor de los casos, estamos todavía en nuestra infancia y conocemos sólo en parte. Pero entonces, seremos hombres, dejaremos “lo que era de niño” (1 Co. 13:11). Veremos

¹⁴ **Elíseo** – En la mitología griega, el lugar feliz para después de la vida aquí.

¹⁵ **Utopía** – Representación imaginativa de una sociedad futura de características favorecedoras del bien de la humanidad.

¹⁶ **Edén** – Paraíso terrenal, lugar muy ameno y delicioso.

y conoceremos como somos conocidos y, entre las grandes cosas que conoceremos, estará la mayor de todas, que conoceremos a Cristo: Conoceremos las alturas, profundidades, longitudes y anchuras del amor de Cristo que *sobrepasa* todo entendimiento. ¡Oh, cuán deleitoso será entonces, comprender su amor eterno; cómo, sin tener principio ni existir la tierra, sus pensamientos se lanzaron hacia sus amados, a quienes había escogido en la soberanía de su elección, para que fueran suyos para siempre! ¡Qué tema de deliciosa meditación será el pacto, y los compromisos de garantía de Cristo en ese pacto, cuando se comprometió a tomar sobre Sí las deudas de todo su pueblo, a pagarlas todas, y a permanecer y sufrir en lugar de ellos! ¡Qué pensamientos tendremos entonces, acerca de nuestra unión con Cristo —nuestra unidad federal, vital y conyugal—! Ahora, sólo hablamos de estas cosas; [pero], realmente, no las entendemos. Nosotros, meramente, nos limitamos a arar la superficie y recoger una cosecha de la capa superior del suelo, pero debajo, hay un subsuelo más rico. Hermanos, en el cielo nos sumergiremos en las más hondas profundidades de la comunión con Jesús. “Veremos su rostro”, es decir, veremos, clara y plenamente, todo lo que tiene que ver con nuestro Señor y ésta será la dicha suprema del cielo.

En la visión bendita, los santos ven a Jesús y lo ven claramente. También, podemos observar *que lo ven siempre* porque cuando el texto dice: “Verán su rostro”, implica que, en ningún momento, dejan de verlo. Nunca, ni por un momento, separan su brazo del brazo de su Amado. No son como nosotros —a veces cerca del trono y, pronto, lejos por las recaídas; a veces ardientes por amor y, luego, fríos por indiferencia; a veces brillantes como serafines y, enseguida, apagados como terrones— pero por siempre y para siempre, ellos están en la más íntima asociación con el Maestro porque “verán su rostro”.

Lo mejor de todo es que ven su rostro tal como es ahora en toda su gloria. Juan nos dice cómo será. En su primer capítulo, dice: “Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve” (Ap. 1:14) para señalar su antigüedad, pues Él es el Anciano de días. “Y sus ojos como llama de fuego... y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (vv. 14-16). Tal es la visión que los redimidos disfrutaban ante el trono; su Señor es todo resplandor y en Él no hay nada por lo que llorar, nada que empañe su gloria. Sin duda, en ese rostro maravilloso hay rastros de todos los dolores que soportó una vez, pero éstas sólo lo hacen más glorioso. Su aspecto es el de un cordero que ha sido inmolado y que todavía viste su sacerdocio; pero todo lo que tiene que ver con la vergüenza, el escupitajo y [la] matanza ha sido transformado de tal manera que la visión es toda dicha, todo consuelo, todo gloria. En su rostro, no hay nada que provoque una lágrima o que engendre un suspiro.

Desearía que mis labios se desataran y que mis pensamientos fueran libres para poder decir algo más de esta visión, pero, en verdad, no es dado a las lenguas mortales hablar de estas cosas. Supongo que, si fuéramos arrebatados para ver su rostro y volviéramos otra vez, tendríamos que decir como Pablo que hemos oído y visto lo que no nos es lícito pronunciar. Dios todavía no nos revelará estas cosas plenamente, pero Él reserva su mejor vino para el final. Sólo podemos darles unos pocos vistazos; pero, oh amados, esperen un poco; ¡no pasará mucho tiempo antes de que ustedes también vean su rostro!

Segundo, pasamos a otro pensamiento: La claridad sobrecogedora de esa visión. “*Verán su rostro*”. La palabra *verán*, suena en mis oídos con una nota clara, plena y melodiosa. Me parece que vemos muy poco aquí. De hecho, éste no es el mundo de la vista: “Por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7). A nuestro alrededor, todo es niebla y nubes. Lo que vemos, lo vemos sólo como si los hombres fueran árboles que caminan. Si alguna vez vislumbramos el mundo espiritual, es como un relámpago fugaz en la oscuridad de la tempestad que abre, por un instante, las puertas del cielo. En un abrir y cerrar de ojos, se cierran de nuevo y la oscuridad es más densa que antes, como si fuera suficiente para nosotros, pobres mortales, saber que todavía hay un resplandor que se nos niega.

Los santos ven el rostro de Jesús en el cielo porque están purificados del pecado. Bienaventurados los de limpio corazón porque “ellos verán a Dios” (Mt. 5:8) y no otros. Es porque nuestra impureza permanece que todavía no podemos ver su rostro, pero sus ojos son tocados con colirio y, por eso, ven. Ah, hermanos, cuán a menudo, nuestro Señor Jesús se esconde detrás de las nubes de polvo que nosotros mismos hacemos con nuestro caminar impío. Si nos volvemos orgullosos, egoístas, perezosos o caemos en cualquier otro de nuestros pecados que nos asedian, entonces nuestros ojos pierden su capacidad de contemplar el resplandor de nuestro Señor. Pero allá arriba, ellos no sólo no pecan, sino que no pueden pecar. No son tentados y no hay espacio para que el tentador trabaje en ellos, incluso, si pudiera ser admitido para probarlos. Están libres de culpa ante el trono de Dios; ciertamente, sólo esto es un cielo —estar libres del pecado innato y de la plaga del corazón, y haber terminado para siempre la lucha de la vida espiritual contra el poder aplastante del poder carnal de la muerte—. Bien podrán ver su rostro cuando las escamas del pecado hayan sido quitadas de sus ojos y hayan llegado a ser puros como Dios mismo es puro.

Con seguridad, ven su rostro, más claramente, porque todas las nubes de la preocupación han desaparecido de ellos. Algunos de ustedes, hoy, mientras están sentados aquí, han estado tratando de elevar sus mentes

a la contemplación celestial, pero no pueden: Los negocios han ido tan mal esta semana; los niños los han molestado mucho; la enfermedad ha estado en la casa tan penosamente; ustedes mismos sienten su cuerpo bastante fuera de orden para la devoción —estos enemigos perturban su paz—. Ahora, en el cielo, ninguna de estas cosas los aflige y, por eso, pueden ver el rostro de su Señor.

Además, así como han acabado con los pecados y las preocupaciones, así han acabado con las penas. “Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4). Ninguno de nosotros es ajeno al dolor y para algunos de nosotros, el dolor es un compañero inseparable; todavía habitamos en las humeantes tiendas de Cedar. Tal vez sea bueno que seamos probados así mientras estamos aquí porque el dolor santificado refina el alma; pero en la gloria, no hay aflicción porque el oro puro no necesita el horno. Bien podrán contemplar a Cristo cuando no haya lágrimas que empañen sus ojos, ni humo de este mundo que se eleve entre ellos y su Amado, sino que estén igualmente libres de pecado, de preocupaciones y de tristeza. Ven su rostro, gloriosamente, en esa atmósfera sin nubes y en la luz que Él mismo suministra.

Más aun, los glorificados ven su rostro más claramente porque no hay ídolos que se interpongan entre Él y ellos. Nuestro amor ídólatra por las cosas mundanas es la causa principal de nuestro poco conocimiento de las cosas espirituales. Debido a que amamos tanto esto y aquello, vemos tan poco de Cristo. No puedes llenar tu copa de vida con los estanques de la tierra y, aun así, tener espacio en ella para las corrientes cristalinas del cielo. Pero ellos no tienen ídolos allí —nada que ocupe el corazón, ningún rival para el Señor Jesús—. Él reina supremo en sus espíritus y, por eso, ven su rostro.

¡Oh, bendito pensamiento!... En el cielo nunca oran: “Oh, que ninguna nube terrenal se levante para ocultarte de los ojos de tu siervo”¹⁷; sino que, por siempre y para siempre, se calientan a la luz del sol... No llegan al borde del mar para meterse sólo hasta los tobillos, sino que nadan en la dicha eternamente. En las olas del descanso eterno, en la más rica y estrecha comunión con Jesús, se regocijan con un deleite inexpresable.

Tomado de un sermón predicado en la mañana del Día del Señor, 9 de agosto de 1868, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés.



¹⁷ **Nota del editor** – Traducción no oficial del himno ‘Sol de mi alma, Tú, Salvador amado’ (*Sun of My Soul, Thou Savior Dear*) de John Keble (1792-1866).

EL CIELO: UN MUNDO DE AMOR

Jonathan Edwards (1703-1758)

“El amor nunca deja de ser” (1 Corintios 13:8).

EL Apóstol habla en el texto, de un estado de la Iglesia cuando sea perfecta en el cielo y, por lo tanto, de un estado en el que el Espíritu Santo será dado a la Iglesia, más perfecta y abundantemente de lo que es ahora en la tierra. Pero la forma en que se dará cuando se derrame tan abundantemente, será en ese gran fruto del Espíritu: El amor santo y divino en los corazones de todos los benditos habitantes de ese mundo. De modo que el estado celestial de la Iglesia, es un estado que se distingue de su estado terrenal, dado que es el estado que Dios ha diseñado, especialmente, para tal comunicación de su Espíritu Santo y en el que se dará perfectamente —mientras que, en el estado actual de la Iglesia, se da con gran imperfección—. Y es también un estado en el que este santo amor será, por así decirlo, el único don o fruto del Espíritu, por ser el más perfecto y glorioso de todos, y que, llevado a la perfección, hace innecesarios todos los demás dones que Dios [solía] conceder a su Iglesia en la tierra. Y para que podamos ver mejor cómo el cielo es así, un mundo de amor santo, yo consideraría [lo siguiente:]

La causa y fuente del amor en el cielo: Aquí, observo que el mismo Dios del amor, mora en el cielo. El cielo es el palacio o cámara de la presencia del Santo y Altísimo, cuyo nombre es amor, y quien es tanto la causa como la fuente de todo amor santo. Dios, considerado con respecto a su esencia, está en todas partes —Él llena tanto el cielo como la tierra—. Sin embargo, en algunos aspectos, se dice que está más especialmente en unos lugares que en otros. Antiguamente, se decía que habitaba en la tierra de Israel por encima de todas las demás tierras; y en Jerusalén, por encima de todas las demás ciudades de esa tierra; y en el templo, por encima de todos los demás edificios de la ciudad; y en el lugar santísimo, por encima de todos los demás espacios del templo; y en el propiciatorio sobre el arca de la alianza, por encima de todos los demás lugares del lugar santísimo. Pero el cielo es su lugar de morada, por encima de todos los demás lugares del universo y, todos aquellos lugares en los que se decía que Él moraba antiguamente, no eran sino [símbolos] de esto. El cielo es una parte de la creación que Dios ha construido... para ser el lugar de su gloriosa presencia y es su morada para siempre. Aquí morará y se manifestará, gloriosamente, por toda la eternidad.

Esto hace del cielo un mundo de amor, pues Dios es la fuente del amor como el sol es la fuente de la luz. Por tanto, la gloriosa presencia de Dios en el cielo llena el cielo de amor, como el sol, colocado en medio de los cielos visibles en un día claro, llena el mundo de luz. El Apóstol nos dice que “Dios es amor” (1 Jn. 4:16); por tanto, viendo que Él es un ser *infinito*, se entiende que es una fuente infinita de amor. Viendo que Él es un ser *todo suficiente*, se entiende que es una fuente de amor plena, desbordante e inagotable. Y como es un ser *inmutable* y *eterno*, Él es una fuente inmutable y eterna de amor.

Allí, incluso en el cielo, habita el Dios de quien procede todo torrente de amor santo, sí, toda gota que existe o que alguna vez existió. Allí habitan Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu, unidos como uno solo en amor infinitamente apreciado, incomprensible, mutuo y eterno. Allí habita Dios Padre, quien es el Padre de misericordias y, por tanto, Padre de amor, quien “de tal manera amó al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para” morir por él (Jn. 3:16). Allí habita Cristo, el Cordero de Dios, el Príncipe de paz y de amor, quien amó tanto al mundo que vertió su sangre y derramó su alma hasta la muerte por los hombres... Allí habita Cristo en sus dos naturalezas —la humana y la divina— sentado en el mismo trono con el Padre. Y allí habita el Espíritu Santo —el Espíritu del amor divino— en quien la esencia misma de Dios, por así decirlo, fluye y se respira en el amor, y por cuya influencia inmediata, todo el amor santo se derrama en los corazones de todos los santos en la tierra y en el cielo.

Allí, en el cielo, esta fuente infinita de amor, este eterno Tres en Uno, está abierta sin ningún obstáculo que impida el acceso a ella, mientras fluye eternamente. Allí, se manifiesta este Dios glorioso y resplandece en toda su gloria, en rayos de amor. Y allí, esta gloriosa fuente fluye para siempre en torrentes, sí, en ríos de amor y deleite. ¡Estos ríos se ensanchan, por así decirlo, hasta convertirse en un océano de amor en el que las almas de los redimidos pueden bañarse con el más dulce gozo, y sus corazones, por así decirlo, pueden ser inundados de amor!

A los objetos de amor que contiene: Una vez más, me gustaría considerar el cielo con respecto a los objetos de amor que contiene. Aquí observaré tres cosas.

1. *En el cielo no hay más que objetos amorosos.* Ninguna persona o cosa odiosa, sin amor o contaminada se ha de ver allí. No hay nada allí que sea malvado o profano. “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación” (Ap. 21:27). No hay nada que esté deforme por alguna deformidad natural o moral; sino que todo es hermoso para contemplar —agradable y excelente en sí mismo—. El Dios que mora y se manifiesta

gloriosamente allí, es infinitamente amoroso —gloriosamente amoroso como Padre celestial, Redentor divino y Santificador santo—.

Todas las personas que pertenecen a la bendita sociedad del cielo son amorosas. El Padre de la familia es amoroso y también, lo son todos sus hijos. La Cabeza del cuerpo [es] amorosa y también, lo son todos los miembros. Entre los ángeles no hay ninguno que no sea amoroso porque todos son santos. No se permite que los ángeles malvados infesten el cielo como lo hacen en este mundo, sino que son mantenidos siempre a distancia por ese gran abismo que hay entre ellos y el glorioso mundo del amor. Entre toda la compañía de los santos, no hay personas sin amor. No hay allí falsos profesantes o hipócritas; ninguno finge ser santo y [ninguno] tiene un espíritu o comportamiento no cristiano y odioso como sucede, a menudo, en este mundo; ninguno cuyo oro no haya sido purificado de su escoria; ninguno que no sea amoroso en sí mismo y para los demás. Allí no hay ningún objeto que pueda ofender o que, en algún momento, dé ocasión a alguna pasión o emoción de odio o desagrado, sino que, todo objeto allí, siempre provocará amor. Y no sólo todos los objetos en el cielo serán amorosos, sino que, ...

2. Serán perfectamente amorosos. Hay muchas cosas en este mundo que, en general, son amorosas, pero no están perfectamente libres de eso que les es contrario. Como hay manchas en el sol; así hay muchos hombres que son sumamente amorosos y dignos de ser amados, pero que, sin embargo, no están libres de algunas cosas que son desagradables y poco amorosas. A menudo, hay en los hombres buenos, algún defecto de temperamento, carácter o conducta que empaña la excelencia de lo que, de otro modo, parecería más amoroso. Incluso, los mejores hombres son, en la tierra, imperfectos.

Pero no es así en el cielo. Allí, no habrá contaminación, deformidad ni defecto desagradable de ningún tipo en ninguna persona o cosa; todos serán *perfectamente* puros y *perfectamente* amorosos en el cielo. Ese bendito mundo será *perfectamente* brillante, sin ninguna oscuridad; *perfectamente* hermoso, sin ninguna mancha; *perfectamente* claro, sin ninguna nube. Ningún defecto moral o natural entrará jamás allí. No se verá nada que sea pecaminoso, débil o tonto; nada cuya naturaleza o aspecto sea vulgar o desagradable, o que pueda ofender al gusto más refinado o al ojo más delicado. Ninguna cuerda vibrará allí fuera de tono para causar alguna disonancia en la armonía de la música celestial y ninguna nota será tal que haga discordancia en los himnos de los santos y de los ángeles.

El gran Dios, quien tan plenamente se manifiesta allí, es perfecto con una perfección absoluta e infinita. El Hijo de Dios, quien es el resplandor de la gloria del Padre, aparece allí en la plenitud de su gloria sin ese

manto de [humildad] exterior con el que apareció en este mundo. El Espíritu Santo será derramado allí con perfecta riqueza y dulzura, como un río puro de agua de vida, resplandeciente como el cristal que sale del trono de Dios y del Cordero (Ap. 22:1). Y cada miembro de esa santa y bendita sociedad, estará libre de toda mancha de pecado, imperfección, debilidad, imprudencia o defecto de cualquier clase. Toda la Iglesia, redimida y purificada, será allí presentada a Cristo como una novia, vestida “de lino fino, limpio y resplandeciente” (Ap. 19:8), sin “mancha ni arruga ni cosa semejante” (Ef. 5:27).

3. *En el cielo estarán todos aquellos objetos* en los que los santos han puesto su corazón y que han amado sobre todas las cosas mientras estaban en este mundo. Allí encontrarán aquellas cosas que les parecieron más valiosas mientras moraban en la tierra, las cosas que obtuvieron la aprobación¹⁸ de sus juicios, cautivaron sus afectos y apartaron sus almas de los más queridos y placenteros objetos terrenales. Allí, encontrarán aquellas cosas que eran su deleite aquí abajo, en las que se regocijaban meditando y con cuya dulce contemplación sus mentes se ocupaban a menudo. Y allí también, [estarán] las cosas que eligieron como su porción y que eran tan queridas para ellos que estaban dispuestos por ellas a sufrir los sufrimientos más severos —a abandonar, incluso, a padre, madre, parientes, amigos, esposa, hijos y la vida misma (Lc. 14:26, 33)—.

Todo lo verdaderamente grande y bueno, todo lo puro, santo y excelente de este mundo y, tal vez, de todas las partes del universo tienden, constantemente, hacia el cielo. Así como los arroyos tienden hacia el océano, así todos ellos tienden hacia el gran océano de infinita pureza y dicha. El paso del tiempo no hace más que llevarlos hacia su bienaventuranza y a nosotros, si somos santos, a unirnos a ellos allí. Cada joya que la muerte nos arrebató bruscamente aquí, es una joya gloriosa que brilla eternamente allá; cada amigo cristiano que se va antes que nosotros de este mundo, es un espíritu rescatado que espera darnos la bienvenida en el cielo. Allí estará el infante de días que hemos perdido abajo y que, por gracia, será encontrado arriba; allí estará el padre cristiano, la madre, la esposa, el niño y el amigo, con quienes renovaremos la santa comunión de los santos que fue interrumpida por la muerte aquí, pero que se reanudará en el santuario superior y entonces, nunca terminará. Allí tendremos la compañía de los patriarcas, los padres y los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento —y con aquellos de quienes el mundo no era digno, con quienes, en la tierra, sólo nos relacionamos por la fe—. Y allí, sobre todo, nos gozaremos y moraremos con el Dios Padre, a quien hemos amado con todo nuestro

¹⁸ **Aprobación** – Beneplácito cálido; agrado; elogio.

corazón en la tierra; y con Jesucristo, nuestro amado Salvador, quien siempre ha sido para nosotros el primero entre diez mil y todo él codiciable (Cnt. 5:16); y con el Espíritu Santo, nuestro Santificador, Guía y Consolador, ¡y seremos llenos de toda la plenitud de la Divinidad para siempre!

Los sujetos del amor en el cielo: Y siendo tales los objetos del amor en el cielo, paso a sus sujetos —los corazones en los cuales mora—. En todos los corazones del cielo habita y reina el amor.

El corazón de Dios es la fuente original o sujeto del amor. El amor divino está en Él, no como en un sujeto que lo recibe de otro, sino como en su fuente original, donde es de sí mismo. El amor de Dios el Padre, fluye hacia Cristo, la Cabeza, y hacia todos los miembros por medio de Aquel en quien fueron amados antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4) y en quien el amor del Padre fue expresado hacia ellos, en su tiempo por medio de su muerte y sufrimientos, como ahora es plenamente manifestado en el cielo.

Los santos y los ángeles son, secundariamente, los sujetos del santo amor, no como aquellos en quienes éste se encuentra como en una fuente original, como la luz está en el sol, sino como está en los planetas, que brillan sólo por la luz reflejada. Y la luz de su amor se refleja, en primer lugar y principalmente, de vuelta a su gran fuente. Así como Dios ha dado amor a los santos y a los ángeles, así, el amor de ellos es ejercido, principalmente, hacia Dios, su fuente, como es lo más razonable. Todos aman a Dios con un amor supremo. No hay enemigo de Dios en el cielo, sino que todos, como hijos suyos, lo aman como a su Padre. Todos están unidos con una sola mente para exhalar sus almas enteras en amor a Dios, su Padre eterno, y a Jesucristo, su común Redentor, Cabeza y amigo.

Cristo ama a todos sus santos en el cielo. Su amor fluye a toda su Iglesia allí y a cada uno de sus miembros. Y todos ellos, con un solo corazón y una sola alma, se unen en amor a su común Redentor. Cada corazón está desposado con este santo y espiritual esposo, y todos se regocijan en Él, mientras los ángeles se unen a ellos en su amor. Y los ángeles y los santos se aman mutuamente. Todos los miembros de la gloriosa sociedad del cielo están sinceramente unidos... Cada alma se entrega en amor a las demás y entre todos los benditos habitantes, el amor es mutuo, pleno y eterno.

Tomado de *El cielo: Un mundo de amor (Heaven: A World of Love)*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

Jonathan Edwards (1703-1758): Predicador y teólogo congregacionista estadounidense; nacido en East Windsor, colonia de Connecticut, EE.UU.



LA PRESENCIA DE DIOS Y DE CRISTO

Thomas Brooks (1608-1680)

TODA la gloria del cielo no sería más que una cosa miserable a los ojos de un santo, si no tuviera allí una visión directa e inmediata de Dios. En el cielo, todos los medios serán eliminados, todos los cristales serán rotos y el santo glorificado contemplará a Dios a cara descubierta, y todas las cortinas serán retiradas para siempre entre Dios y el alma. Las almas buenas en el cielo son como los ángeles buenos que aún, contemplan el rostro de Dios (Mt. 18:10). Así como Dios continúa mirándolas como las joyas de su corona, así ellas siguen clamando y mirando a Dios como su cielo, sí, como su gran todo, y eso por un acto directo e inmediato de sus almas.

La visión y el conocimiento que tendrán de Dios en el cielo serán permanentes y constantes. Ahora, los santos tienen una visión feliz de Dios y, al poco tiempo, la han perdido; a esta hora tienen una preciosa vista de Dios en el monte y, a la hora siguiente, han perdido esta visión. He aquí que “se alejó de mí el consolador que dé reposo a mi alma” (Lm. 1:16) y “te cubriste de nube para que no pasase la oración nuestra” (Lm. 3:44). Nuestras visiones de Dios aquí, son transitorias y se desvanecen. Las visiones, los destellos de majestad y gloria, que Moisés y Pedro vieron en el monte, no fueron permanentes, sino transitorios; su sol se nubló rápidamente y, poco después, ambos se encontraron caminando en la oscuridad. Por eso, bien dice Agustín¹⁹: “La felicidad puede obtenerse aquí, pero aquí no podemos tener la plenitud y tomar posesión de ella”. Oh, pero en el cielo, nuestra visión de Dios [y] nuestro conocimiento de Dios serán permanentes. Será duradero: No habrá pecado, ni nube, ni niebla, ni cortina que nos impida tener una constante vista y una visión de Dios. Allí veremos a Dios claramente, plenamente, eternamente. La pregunta de la esposa: “¿Habéis visto al que ama mi alma?” (Cnt. 3:3), nunca se oirá en el cielo porque Dios estará siempre a la vista y aún, en sus corazones. Tampoco [se oirá] la queja de Job: “He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré; y al occidente, y no lo percibiré; si muestra su poder al norte, yo no lo veré; al sur se esconderá, y no lo veré” (Job 23:8-9). El cielo no sería cielo si no fuera siempre de día para el alma; [si] el alma no viviera en una constante visión y aprehensión de Dios, toda la gloria del cielo no podría hacer un cielo para un alma glorificada.

¹⁹ Agustín de Hipona (354-430 d.C.) – Escritor y teólogo cristiano. Obispo de Hipona.

Así como la mejor visión y conocimiento de Dios está reservado para el final, así también, la mejor y más selecta presencia de Dios y de Cristo, es reservada para el final y esto es lo que mostraré de la siguiente manera.

Primero, en el cielo, los santos tendrán la mayor y más plena presencia de Dios. Ningún hombre en este mundo tiene una presencia de Dios, tan completa y plena, que no pueda tener una más plena; pero en el cielo, la presencia de Dios será tan plena y completa que nada se le podrá añadir para hacerla más completa. A veces el pecado, a veces Satanás, a veces el mundo, a veces el descanso de los deberes, a veces la debilidad de nuestras gracias, nos impiden gozar aquí de una presencia plena de Dios; pero en el cielo, no habrá nada que se interponga entre Dios y nosotros; no habrá nada que nos impida gozar de una presencia plena y completa de Dios. Esta presencia plena de Dios es el cielo de los cielos, la gloria de toda nuestra gloria. Una presencia imperfecta e incompleta de Dios en el cielo, oscurecería toda la gloria de ese estado. La presencia plena y perfecta de Dios en el cielo es el diamante más resplandeciente del anillo de la gloria; y esto es lo que tendrás. Pero, ...

En segundo lugar, tendrán una presencia de Dios en el cielo que satisfará su alma. Estarán tan satisfechos con la presencia de Dios en el cielo que dirán: Tenemos suficiente, lo tenemos todo porque disfrutamos de esa presencia que es virtualmente todo, que es eminentemente todo, que es toda luz, toda vida, todo amor, todo cielo, toda felicidad, todo bienestar, todo contentamiento, etc. “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal. 17:15). Aunque la presencia espiritual y llena de gracia de Dios con los santos en este mundo los alegra y consuela mucho, sin embargo, no los satisface. Todavía claman: “¡Más de esta bendita presencia! ¡Oh, más de esta presencia! ¡Señor, menos dinero servirá para que podamos tener más de tu presencia! ¡Menos de la criatura servirá para que podamos tener más de tu presencia! (cf. Sal. 42:1-2; 37:1-3). Como el rey de Sodoma dijo a Abraham: “Dame las personas, y toma para ti los bienes” (Gn. 14:21), así dicen las almas llenas de gracia: “Danos más y más de la presencia de Dios, y deja que los hombres del mundo tomen el mundo y se lo repartan entre ellos”. La presencia divina es muy vivificante; un alma que apenas ha probado su dulzura, no puede sino anhelar más de ella... Las almas preciosas que han experimentado la dulzura de la presencia divina no pueden estar satisfechas con un poco de ella, sino que, en cada oración, éste es el lenguaje de sus almas: “¡Señor, más de tu presencia!”; en cada sermón, oyen: “¡Señor, danos más de tu presencia!”; en cada [ordenanza] que reciben: “¡Señor, concédenos más de tu presencia!”.

Más aún, esta presencia llena de gracia de Dios que disfrutan aquí, les hace desear y anhelar, fervientemente, la presencia celestial y gloriosa de Dios y de Cristo en el cielo, presencia que es la única que puede satisfacer sus almas. Mira, como la doncella desposada anhela el día de la boda, el aprendiz su libertad, el cautivo su rescate, el viajero su posada y el marino su puerto, así también, las almas que están bajo el poder y la dulzura de la presencia llena de gracia de Dios, anhelan gozar de su gloriosa presencia en el cielo, que es la única que puede llenar y satisfacer sus almas inmortales....

Así dice [Bernardo²⁰]: “Así como lo que tengo, si te lo ofrezco, no te agrada sin mí, así también, oh Señor, las cosas buenas que recibimos de Ti, aunque nos refrescan, no nos satisfacen sin Ti. Señor, estoy dispuesto a morir para descubrirte aún más”.

Y así dice otro [Agustín]: “Nos has hecho, oh Señor, para Ti y nuestros corazones están inquietos hasta que llegan a Ti”.

Y así, cuando Modesto, lugarteniente del emperador, amenazó con matar a Basilio, éste respondió: “Si eso es todo, no temo; sí, tu señor no puede complacerme más que enviándome a mi Padre celestial para quien ahora vivo y hacia quien deseo apresurarme”.

Y dice otro [Agustín]: “Que todos los demonios del infierno me asedien, que el ayuno macere mi cuerpo, que las penas opriman mi mente, que los dolores consuman mi carne, que las vigiliass me sequen o el calor me abraze, o el frío me hiele; que todo esto y lo que pueda venir más, me suceda, para que pueda gozar de mi Salvador”.

Agustín deseaba haber visto tres cosas —a Roma floreciendo, a Pablo predicando y a Cristo conversando con los hombres en la tierra—... Beda²¹ viene después y, corrigiendo este último deseo, dice: “Sí, pero déjame ver al Rey en su hermosura, a Cristo en su reino celestial”. Por todos [estos ejemplos,] puedes ver que no es una presencia espiritual, sino la gloriosa presencia de Dios y de Cristo en el cielo, lo que puede satisfacer las almas de los santos. Fue una gran misericordia de Cristo estar con Pablo en la tierra; pero fue una misericordia mayor y una misericordia más satisfactoria, para Pablo, estar con Cristo en el cielo (Fil. 1:23). Gozan mucho quienes disfrutan de la presencia de Dios en la tierra, pero gozan más los que gozan de la presencia de Dios en el cielo; y ninguna presencia por debajo de esta presencia puede satisfacer a un alma creyente. Pero, ...

En tercer lugar, así como gozarán de una presencia satisfactoria de

²⁰ **Bernardo de Claraval** (1090-1153) – Monje cisterciense francés, abad de la abadía de Claraval.

²¹ **Beda** (c.673-735) – Monje, teólogo e historiador inglés.

Dios en el cielo, gozarán de una presencia constante y permanente de Dios en el cielo. Aquí, Dios va y viene: A menudo, es una corte que cambia de lugar. Pero en el cielo, el Rey de gloria estará siempre presente. “Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Ts. 4:17-18). Es la presencia constante de Dios en el cielo, lo que hace del cielo un consuelo para las almas benditas. Si alguna vez se ocultara este sol, si esta presencia alguna vez faltara, el cielo sería tan oscuro como el infierno, sí, el cielo sería otro infierno. Aquí, Jonás se queja de que fue expulsado de la presencia de Dios y la Iglesia se queja de que Aquel que debería consolar su alma, está lejos. Ningún santo goza todo el tiempo de la bondadosa presencia de Dios. Aquellos que gozan más de esta presencia, pueden decir de ella como Jacob habló del semblante de Labán: “Veo”, dijo, “que el semblante de vuestro padre... no es para conmigo como antes” (Gn. 31:5); así pueden decir: “¡Oh, vemos; oh, sentimos, que la presencia de Dios no está con nosotros como antes! ¡Oh, qué cálida, qué alentadora, qué vivificante, qué consoladora, qué enternecedora, qué estimulante, qué asistencial presencia de Dios teníamos antes! ¡Oh, pero ahora no es así con nosotros! Nosotros, que solíamos estar siempre sobre las rodillas de Cristo o en sus brazos, estamos ahora alejados de Él. Aquel que solía estar, día y noche, como un manojo de mirra que reposa entre nuestros pechos, ahora se ha cubierto con una nube (Cnt. 1:13). Oh, no podemos ver su rostro, no podemos oír su voz, como en los días de antaño, etc.”. Pero ahora en el cielo, los santos gozarán de una presencia constante de Dios; no habrá un solo momento en toda la eternidad en que no gocen de la gloriosa presencia de Dios. De hecho, es esta presencia constante de Dios en el cielo, la que pone gloria sobre la gloria de todos los santos. El cielo sin esta presencia constante de Dios, no sería sino como una corte sin rey o como el firmamento sin sol. Así, puedes ver que la mejor y más selecta presencia de Dios y de Cristo, está reservada para el cielo.

Tomado de Las obras completas de Thomas Brooks (*The Complete Works of Thomas Brooks*), ed. Alexander Balloch Grosart, vol. 1 (Edinburgh; London; Dublin: James Nichol; James Nisbet and Co.; G. Herbert, 1866), 422-424; de dominio público.

Thomas Brooks (1608-1680): Predicador puritano no conformista inglés y defensor del congregacionalismo; enterrado en Bunhill Fields.



MEDITANDO ACERCA DEL CIELO

Thomas Reade (1776-1841)

IVEN, alma mía, y medita en los gozos y glorias del mundo celestial! Alza tus ojos a los montes de donde viene tu socorro (Sal. 121:1), aquellos montes eternos, donde todo el precioso rebaño de Cristo se apacentará eternamente y donde mora, permanentemente, el gran Pastor de las ovejas. Nada tiende más a ennoblecer la mente y a refinar las facultades del alma que las frecuentes y piadosas contemplaciones sobre la gracia de Jesús, sobre el amor del Padre, sobre la comunión del Espíritu Santo, sobre las felicidades²² reservadas en el cielo a todos los que aman, sinceramente, al Señor Jesucristo. Cuando la mente se llena de estos temas estupendos, pero entrañables, ¡cuán despreciables y triviales²³ parecen todas las cosas terrenales!

La palabra de Dios revela muchas cosas que cautivan el alma con respecto a las moradas de gloria; sin embargo, el lenguaje no puede describir, ni la mente concebir, la bendita realidad. Debemos morir para saber lo que es realmente el cielo. Todas las glorias de los reinos, todas las bellezas de los jardines, todos los esplendores de los palacios —sí, todas las riquezas de la creación— no forman más que un débil esbozo del sublime original.

La tierra sólo puede ofrecer una sombría representación de la gloria celestial. El Espíritu Santo revela a nuestras mentes, visiones mucho más dulces que las que se extraen de las escenas sublunares²⁴.

El cielo es un estado de descanso. “Allí los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas” (Job 3:17). Cuán delicioso es el descanso para el cansado viajero, para los hijos e hijas de la aflicción, para aquellos cuyos cuerpos son “castigados... con dolor” (Job 33:19) o cuyas almas son el objeto de escarnio de los que están en holgura y “el menosprecio de los soberbios” (Sal. 123:4).

Cuán alentadora es la perspectiva de descanso para los perseguidos seguidores de Jesús, que no encuentran aquí una ciudad permanente, siendo llevados de un lugar a otro por la ruda mano del poder arbitrario. Cuán feliz fue el cambio para Lázaro cuando fue llevado por los ángeles de un cuerpo leproso consumido por el hambre al seno de Abraham, a la mansión de los bienaventurados, el paraíso de Dios.

²² **Felicidades** – Bendiciones; alegrías.

²³ **Triviales** – Sin importancia.

²⁴ **Sublunares** – Terrenales.

El cielo es la morada de la paz... Pero en el cielo todo es armonía y amor. Allí, cada corazón vibra al unísono y se ensancha de puro afecto. Los hijos de la paz morarán con su Padre celestial, quien es el Dios de paz; con Jesús su Redentor, quien es el Príncipe de paz; con el Espíritu Santo, cuyo fruto es la paz. El Dios trino hará que su paz fluya como un río alimentado por un manantial [eterno] cuyas aguas nunca faltan, brotando siempre, claras como el cristal, del trono de Dios y del Cordero.

El cielo es un estado de perfecta santidad. Cuán ardientemente suspira el verdadero creyente en Jesús por la santidad perfecta. Aquí, en verdad, no puede alcanzarla. Cada momento revela su debilidad. Con demasiada frecuencia, lamentablemente, su profunda corrupción, interiormente sentida y deplorada, le hace clamar en amarga angustia de espíritu: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará?” (Ro. 7:24). En el cielo, será liberado para siempre de las obras del pecado innato. En el cielo, será perfeccionado en santidad. Él ama, por tanto, anticipar la bienaventuranza del cielo que consiste en ver a Dios en todas sus inefables glorias, en ser hecho semejante a Él en la perfección de la belleza, en estar para siempre con Él en el goce de su amor.

En el cielo, él será puro como Dios es puro, santo como Dios es santo —de hecho, no en grado, sino en naturaleza—. Toda la hermosura del Salvador será reflejada en la novia celestial cuando, adornada con toda gracia y revestida de la justicia de su amado Señor, se sacuda del polvo en la mañana de la resurrección, y se levante y brille en el pleno esplendor de la gloria eterna.

Oh, cuán glorioso será ese período cuando todos los elegidos de Dios sean reunidos; cuando ni un grano de la preciosa semilla se pierda; cuando cada cordero, aun el más débil, sea protegido de la tormenta.

El cielo es un estado de felicidad sin mezcla. Ninguna lágrima [hume-dece] las mejillas, ninguna tristeza desgarrar el corazón de sus dichosos habitantes. En aquellas regiones celestiales no hay dolor, ni dolorosa separación de almas de familiares. Todo es salud floreciente y vigor inmortal. Allí, la muerte no lanzará más su dardo porque “sorbida es la muerte en victoria” (1 Co. 15:54). El pecado que ahora amarga toda bendición, no puede derramar su nefasta influencia sobre los espíritus glorificados que rodean el trono de Dios. Satanás no puede encontrar entrada en estos reinos de bienaventuranza. El mundo y todo lo que contiene, habrá desaparecido. Todo enemigo será destruido y Cristo reinará por los siglos de los siglos.

El cielo es un estado de dicha sin fin. Esto le imprime un valor que toda la felicidad dorada de este mundo no puede ostentar. “La perpetui-

dad de la dicha es dicha”. Aquí, en este mundo presente, todo es transitorio e insatisfactorio. El punto máximo del goce terrenal es vanidad y aflicción de espíritu. El que más se aferra a algo, sólo se aferra a una sombra engañosa. Nada por debajo de la fuente eterna de la bienaventuranza, Dios en Cristo, puede dar paz o gozo perdurables. Cuán entrañables, entonces, son las palabras del Salvador: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz” (Jn. 16:33). “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11).

El cielo es el conjunto de todo lo que es hermoso y excelente. Allí moran los querubines y serafines; los ángeles y arcángeles; principados, tronos, dominios y potestades. Allí se reunirán todos los amigos de Jesús que han vivido en las sucesivas edades del mundo, en dichosa armonía y adoradora alabanza. Allí todas las inteligencias santas tendrán una sola mente, una sola voz, una sola voluntad, un solo espíritu. Todas estarán llenas del amor de Dios. Todos serán santos y todos serán, inefablemente, felices.

La imagen divina, que es la verdadera excelencia y belleza de la creación moral de Dios sobre la tierra, se verá en toda su gloria cuando la esposa, la esposa del Cordero, la Iglesia triunfante, sea presentada al Esposo celestial sin mancha ni arruga ni cosa semejante.

Oh alma mía, no descanses, ni de día ni de noche, hasta que el Señor te haga apta para la herencia de los santos en la luz. Para saborear algo de la bienaventuranza del cielo, no necesito viajar con la imaginación por reinos poderosos, ni imaginar en mi mente las variadas bellezas del arte y de la naturaleza; debo descender a mi propio corazón y allí, en el “secreto silencio de la mente”²⁵, contemplar por la fe, la infinita hermosura del Salvador hasta que una llama de santo amor caliente cada afecto y un rayo de santo gozo alegre cada poder de mi alma. Tales vislumbres de glorias increadas, tales sabores de la gracia redentora, tales visiones de Jesús y su gran salvación, purificando el corazón y elevando el espíritu transportado por encima de este pobre y contaminado mundo, bien pueden llamarse un cielo comenzado aquí abajo.

Si el cielo es contemplar a Dios sin velo, llevar su imagen y morar en su presencia, entonces, la preparación para el cielo y el anticipo de él, deben consistir en contemplar a Dios ahora con el ojo de la fe, tal como se revela en su santa Palabra, en ser transformados ahora por la renovación de la mente y en mantener una conversación diaria con Él mediante una lectura diligente de las Escrituras y la oración. Ésta es la vida de fe. Toda profesión de religión sin esto es mero engaño. Una profesión tan estéril puede estar

²⁵ H. D. M. Spence-Jones, ed., San Marcos, El comentario del púlpito (*St. Mark, The Pulpit Commentary*), vol. 1, (London; New York: Funk & Wagnalls Company, 1909), 229.

llena de palabras, pero desprovista de obras; llena de conocimientos, pero desprovista de afectos santos; llena de celo por las doctrinas, pero vacía de todas las gracias salvadoras. Pero, ¡oh, qué tranquilo y sosegado es el humilde cristiano que goza de una esperanza segura de gloria! Se asemeja a una persona que se encuentra en una eminencia poderosa. Sobre él brilla el sol sin ninguna nube que intervenga, mientras que muy por debajo de su elevada posición, ruge el terrible trueno...

El verdadero cristiano es un ciudadano de la Nueva Jerusalén. Camina diariamente con Dios por la fe. Su corazón está separado de un mundo vano y ruidoso, a través del cual, de hecho, se apresura, pero al que no pertenece. No necesita ocuparse de sus vanidades pasajeras ni contender por sus honores fugaces. Evita las disputas airadas de los políticos fogosos y de las multitudes enloquecidas. Siente la fuerza de la exhortación del profeta: “¡Ay del que pleitea con su Hacedor! ¡El tiesto con los tiestos de la tierra! ¿Dirá el barro al que lo labra: Qué haces?” (Is. 45:9) y [él] procura llevar una vida “quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Ti. 2:2), sabiendo bien que esto es bueno y aceptable a los ojos de Dios, su Salvador. Tiene una conquista más noble que obtener que la que ocupa la mente del mundano. Se esfuerza para obtener la conquista sobre sí mismo, puesto que “mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Pr. 16:32). Debe luchar contra esos mismos males que el mundo fomenta y que alejan el corazón directamente de Dios. Honra y obedece las leyes; se somete alegremente a los poderes establecidos, “no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia” (Ro. 13:5). Considera el bienestar de su prójimo como el suyo propio (Fil. 2:4), y procura tener tranquilidad y ocuparse en sus propios negocios (1 Ts. 4:11). No quiere deber “a nadie nada, sino el amaros unos a otros” (Ro. 13:8). Considera el amor como una deuda que siempre debe esforzarse por saldar, aunque sabe que nunca podrá pagarla por completo.

Así es el creyente en Jesús. Así es el heredero de la gloria. Es un hijo de paz y se apresura hacia las mansiones de paz. Como es su vida, así es su muerte. “Considera al íntegro, y mira al justo; porque hay un final dichoso para el hombre de paz” (Sal. 37:37).

Tomado de Ejercicios espirituales del corazón (*Spiritual Exercises of the Heart*), Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org. Usado con permiso.

Thomas Reade (1776-1841): Escritor laico inglés; nacido en Manchester, Inglaterra, Reino Unido.



UN NUEVO CIELO Y UNA NUEVA TIERRA

Derek Thomas

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más” (Apocalipsis 21:1).

HAGÁMONOS la siguiente pregunta: ¿Dónde pasarán los creyentes la eternidad? No estamos pensando ahora en el “cielo” —[como] el lugar donde se encuentran los creyentes en el estado intermedio²⁶—. Estamos pensando en el lugar final, después de la Segunda Venida —el lugar al que se hace referencia como “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Is. 65:17; 66:22; 2 P. 3:13; Ap. 21:1)—. Es una de las últimas cosas de las que habla la Biblia en el libro de Apocalipsis.

Apocalipsis y después: El libro del Apocalipsis nos lleva en un viaje desde el primer siglo hasta el estado final del nuevo cielo y la nueva tierra. Narra la historia de la redención, utilizando imágenes apocalípticas tomadas del Antiguo Testamento, mostrándonos la “historia detrás de la historia”. En la superficie, está el Imperio Romano, en una guerra demoníaca contra Cristo y su pueblo. Pero, una narrativa más amplia está siendo desarrollada, una que aparece, por primera vez, en Génesis 3. Es la historia de una serpiente escurridiza y parlante en guerra contra Dios y su creación, la cual se convierte en un gran dragón escarlata en el último libro de las Escrituras (Ap. 12:3). El dragón-serpiente parlante no es otro que Satanás, el enemigo más poderoso de Dios, empeñado en una guerra sin cuartel contra la semilla de la mujer (Gn. 3:15) —los hijos elegidos de Dios y, en última instancia, el propio Hijo de Dios—. En los últimos capítulos del Apocalipsis, Juan describe la destrucción de Satanás y sus secuaces —la bestia y el falso profeta (que representan a los poderes religiosos y seculares en su resistencia combinada contra Jesús y al Evangelio)—. Y junto con estos personajes, Dios también destruye lo que han construido: Babilonia, la ciudad del hombre, implacablemente²⁷ hostil a Dios, un monumento al engrandecimiento propio²⁸ y al orgullo. Frente a Babilonia está la ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén, el lugar de la morada definitiva del pueblo de Dios. Y, puesto que Dios también habita en esta ciudad, la Nueva Jerusalén es también un templo. Dios está preparando para su pueblo una ciudad-templo en la cual vivir

²⁶ **Estado intermedio** – Estado del alma entre la muerte física y la resurrección.

²⁷ **Implacablemente** – Irreconciliablemente.

²⁸ **Engrandecimiento propio** – Acción realizada para promocionarse a uno mismo como poderoso o importante.

para siempre. Antes de proseguir, es necesario hacer una observación importante. La última expectativa de las Escrituras sobre lo que nos espera es “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap. 21:1). Específicamente, ¡debemos esperar una tierra nueva! ¡La tierra! Se entiende como algo sólido y físico, y no como algo espiritual y etéreo²⁹. La Tierra está formada por rocas y colinas, océanos y ríos, bosques y campos, aves y animales. Y seres humanos. Y la nueva tierra, también estará compuesta por estos mismos. Una tierra sin los efectos de la maldición. Una tierra como habría sido si nuestros primeros padres no hubieran pecado. No menos física y material que la que ahora conocemos. “En su forma final, ¿cómo será el cielo?”. Respuesta: “¡Como esto! Pero renovado y más glorioso”.

La creación renace: Piensa en lo que Pablo escribe en Romanos 8:19-22: “Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”.

La creación, el universo físico y su contenido, está esperando ser renacida. Las tensiones y presiones que exhibe, actualmente, son dolores de parto. Los seres humanos redimidos van a existir en un mundo como éste, si pudiéramos imaginar cómo sería, si el pecado nunca hubiera entrado en él. Adán fue creado para vivir y explorar este mundo. Se le dio el mandato de sojuzgar la tierra y su ganado (Gn. 1:26-28). Y estaba destinado a ir más allá del jardín y dar al resto de la tierra (y al cosmos) un orden y una forma reconocibles.

Dios podría haber hecho de todo el universo un jardín y ahorrarle a Adán la molestia de explorar e investigar, pero no lo hizo. Dios desea que su creación más preciada, la que lleva su imagen, disfrute de la tarea de explorar, descubrir, diseñar y hacer arte. Hecha del polvo de la tierra, la humanidad es el eslabón, el vice-regente³⁰, entre la tierra y Dios. Al someterla, la humanidad debe descubrir a su Hacedor, y responder con adoración y alabanza. Ésta era la intención. Pero Adán cayó. La humanidad se tornó sobre sí misma y dio culto a las criaturas antes que al Creador (Ro. 1:25). Y aunque mucho ha sido descubierto y sojuzgado, el mérito ha sido dado a otros en lugar de a Dios.

²⁹ **Etéreo** – Celestial.

³⁰ **Vice-regente** – Persona nombrada por un gobernante para actuar como adjunto administrativo.

Pero el cambio se acerca. Dios va a renovar el mundo. ¿Cuál mundo? Éste —acerca del cual ya tenemos algún conocimiento y experiencia—. Sí, este mundo y no un mundo completamente nuevo. Y en este cosmos renovado, la humanidad explorará de nuevo y dará a Dios toda la gloria. A causa de algo que escribe Pedro, algunos han llegado a la conclusión de que todo en este mundo, incluida la materia misma, va a ser destruido (aniquilado) y un universo completamente nuevo será creado. Pedro escribe: “...En el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 P. 3:10).

Los términos “los elementos ardiendo serán desechos... serán quemados”, sugieren una aniquilación completa de este universo. Varias consideraciones sugieren que esta explicación es incorrecta:

- El término griego para *nuevo* (“un cielo nuevo y una tierra nueva”) es *kainos* y no *neos*, lo que sugiere nuevo en *calidad*, en lugar de nuevo en *origen*.
- La metáfora de Pablo en Romanos 8 es de liberación y no de destrucción: “La creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción” (Ro. 8:21).
- Hay tanto continuidad como discontinuidad entre lo que somos ahora y lo que seremos en el cielo. Jesús resucitó en el mismo cuerpo que antes había sido declarado muerto. Del mismo modo, nuestros cuerpos resucitados compartirán una continuidad con nuestros cuerpos actuales.
- El triunfo de Jesús sobre Satanás debe ser, sin duda, de tal manera que no le conceda la victoria. Una aniquilación del universo físico podría implicar que Satanás ha triunfado, en parte, después de todo.

Un erudito lo expresa de esta manera: “El mundo en el que entraremos en la Parusía³¹ de Jesucristo no es, por tanto, otro mundo; es este mundo, este cielo, esta tierra; ambos, sin embargo, pasados y renovados. Son estos bosques, estos campos, estas ciudades, estas calles, estas gentes, los que serán el escenario de la redención. En la actualidad, son campos de batalla, llenos de la lucha y del dolor de la consumación aún no lograda; luego, serán campos de victoria, campos de cosecha donde, de la semilla que se sembró con lágrimas, serán segadas y las gavillas eternas llevadas a casa”³². El universo va a ser renacido; pero va a ser este universo y no

³¹ **Parusía** – Advenimiento glorioso de Jesucristo al fin de los tiempos.

³² Emil Brunner, *Esperanza eterna (Eternal Hope)*, traducido por Harold Knight, (London, UK: Butterworth, 1954), 204.

otro. Y muchas de sus características serán inmediatamente reconocibles.

La ciudad de Dios: Agustín, quien escribió en el siglo V, respondió a la acusación sostenida del pensamiento secular de que el cristianismo era contrario a la civilización y al gobierno. El libro, titulado *La ciudad de Dios*, tiene un sorprendente aire contemporáneo. Nosotros también vivimos en una cultura cada vez más hostil a la fe en el ámbito cívico. El mantra, “los creyentes no necesitan aplicar”, se oye alto y claro en nuestro tiempo. Recuperar Babilonia y convertirla en algo que se parezca más a Jerusalén parece, a menudo, una tarea imposible. Debemos intentarlo. Es el mandato que Dios nos ha dado. Y un día, al otro lado de la Segunda Venida, la ciudad renacerá.

Babilonia se dirige a la destrucción: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia” (Ap. 18:2). La ciudad, actualmente gobernada por el dragón, dará paso a la Nueva Jerusalén, una ciudad creada por Dios para que habite en ella el pueblo de Dios. En términos apocalípticos, Juan describe una vasta ciudad de enormes proporciones y seguridad. Y lo que describe es, en cierto sentido, fantástico y extraño: ¡Un cubo cuyos lados miden 1.400 millas y la muralla de 200 pies de espesor (Ap. 21:15-17)³³! Lo que esto significa es que es una ciudad tan vasta como segura.

Y hay una belleza exquisita, “su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspes, diáfana como el cristal” (Ap. 21:11). Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa: Jaspe, zafiro, ágata, esmeralda, ónice, cornalina, crisólito, berilo, topacio, crisopraso, jacinto y amatista (Ap. 21:19-20). Cada puerta de la ciudad está hecha de una sola perla gigantesca. Y las calles son de “oro puro, transparente como vidrio” (Ap. 21:21). ¡Gloria! La ciudad resplandece con “la gloria de Dios” (Ap. 21:11; cf. 21:22-23; 22:5). Esto refleja majestad de Dios y significancia. Y puesto que la palabra griega y hebrea para “gloria” alude a “peso”, la Nueva Jerusalén está llena del peso de la presencia de Dios. Dios está en todas partes en esta ciudad y su presencia se puede sentir. En todos los sentidos imaginables, ésta es la ciudad de Dios! Y un día, aparecerá.

El templo de Dios: Las metáforas cambian y ahora, la Nueva Jerusalén es un templo. “Y no vi en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella y el Cordero” (Ap. 21:22). Templo es una forma

³³ **Nota del editor** – Las medidas dadas en la Biblia (RVR1960) son: “Su longitud es igual a su anchura; ... doce mil estadios... y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos” (Ap. 21:15-17). En sistema métrico decimal, una aproximación sería: Un cubo cuyos lados miden 2.250 kilómetros y la muralla de 60 metros de espesor.

de describir la presencia de Dios. A lo largo de la mayor parte del Antiguo Testamento, Dios habitó en un tabernáculo-templo. De hecho, la idea comienza en el Edén, un jardín que funciona como templo porque Dios está allí, paseando “al aire del día” (Gn. 3:8). El Edén es un jardín-santuario donde Dios habita con su pueblo. Y la Biblia termina en un jardín semejante al Edén, con acceso al árbol de la vida: “Y [el ángel] me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones” (Ap. 22:1-2). La Escritura vuelve al punto de partida. En lugar del desierto, la tierra viene a ser un jardín. En el Edén, Dios comisiona a Adán y Eva para que encuentren satisfacción en adorarlo. El propósito de Dios es dar a conocer su presencia en toda la tierra. La tarea sacerdotal de la humanidad en el Edén —una tarea que culmina en un fracaso espectacular— es vigilar el jardín, obedeciendo la palabra de Dios. El mandato de explorar y sojuzgar la tierra es una orden de convertir la tierra en un jardín-santuario. El fracaso de Adán y Eva establece la historia del Antiguo Testamento con su característica central del tabernáculo, una reminiscencia del modelo a escala de un arquitecto, de la presencia de Dios con su pueblo y la provisión para su pecado... En Jesús, el templo de Dios está personificado. Jesús *es* el templo. El niño nacido en el pesebre es “Emanuel” que significa “Dios con nosotros” (Mt. 1:23; cf. Is. 7:14; 8:8). Se repite en Apocalipsis 21: “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Ap. 21:3). Curiosamente, Juan no vio ningún templo en la ciudad; al menos, ningún templo físico: “Y no vi en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Ap. 21:22). Esto se debe a que Jesús, en comunión con su pueblo redimido, constituye el templo.

Un valiente nuevo mundo: Lo que Juan describe, utilizando imágenes coloridas, es un lugar de pureza y perfección. “Y no habrá más maldición” (Ap. 22:3). Puesto que Jesús fue “hecho maldición por nosotros” (cf. Gá. 3:13), en la nueva ciudad-templo no queda nada de esa maldición. Es difícil imaginar un mundo sin pecado. Pero, a pesar de esta dificultad, lo anhelamos. Tenemos un instinto que desea algo distinto del aquí y el ahora. Pablo dice: “Pues no hago lo que quiero” (Ro. 7:15).

Siempre existe este “querer”, una sensación de que lo que hay ahora, no es lo que debería ser o, incluso, lo que será. Sé lo que quiero —librarme del peso del pecado sobre mi vida y la vida de los demás—. Sé lo

que quiero —vivir en un lugar donde haya gozo, felicidad y plenitud—. Sé lo que quiero —ser quien estaba destinado a ser—.

Cuando desaparezca el pecado, desaparecerá también el dolor del pecado. El dolor es una consecuencia de la maldición. No todo dolor es malo. Algunos son positivamente benéficos. Sin un sistema nervioso central, no sabríamos que el fuego puede quemar nuestra carne. Es un buen instinto apartar la mano. No está claro si experimentaremos este tipo de dolor en el nuevo cielo y la nueva tierra. Tal vez sí y nuestros cuerpos sentirán el tacto, el filo de un borde, el calor de un fuego, la comodidad de una silla, la suavidad de una cama.

Pero no habrá dolor cruel, ni dolor que cause lamento y pérdida. Esas lágrimas serán enjugadas (Ap. 21:4). Dios, que pone nuestras lágrimas en una redoma³⁴ (Sal. 56:8), nos asegura su tierno consuelo y dice [que] no habrá lágrimas de dolor, de esta clase de dolor, en el mundo venidero. ¡Ninguno!

El cielo, su estado final, es un lugar seguro. No hay peligros en el exterior que amenacen a quienes ocupan este templo-ciudad-jardín. Las puertas de la ciudad están abiertas (Ap. 21:25). No hay temor de ataques. El peligro está erradicado. El dragón será encerrado en el pozo sin fondo para nunca más volver a amenazar.

Seguridad es lo que se quiere decir con la enigmática declaración: “Y el mar ya no existía más” (Ap. 21:1). No se pretende que concluyamos que no habrá océanos y que, por tanto, no habrá navegación, deportes acuáticos, vida marina, pesca o buceo. Algunos, carentes de la sensibilidad necesaria para interpretar el género apocalíptico, han sugerido que el nuevo cielo y la nueva tierra carecerán de toda forma de agua. Otros han sugerido que habrá ausencia de agua salada, pero no de agua dulce natural. Esto es perder el simbolismo que se pretende. En tiempos bíblicos, el mar era un lugar hostil. A pesar de tener acceso al Mediterráneo, los judíos no eran un pueblo marinerero. Por eso, en las visiones de Daniel, surgen monstruos del mar (Dn. 7:1-8), algo que se repite en Apocalipsis cuando aparece una bestia del mar (Ap. 13:1). El mar es donde reside Leviatán, el monstruo marino (Job 3:8; 41:1; Sal. 104:26). Ningún ogro de esa clase, ocupará los mares de la nueva tierra.

¿Y quiénes se encontrarán en la tierra nueva? Las “naciones”, los redimidos de todas las tribus, pueblos y lenguas (Ap. 21:24, 26). El mandato de la Gran Comisión, la cual refleja la promesa dada a Abraham al principio, consistía en hacer discípulos de “todas las naciones” (Mt. 28:19; cf. Gn. 12:2). En el Monte de los Olivos, Jesús explicó, cuidadosamente, a los

³⁴ **Redoma** – Botella de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca.

discípulos que la Segunda Venida no ocurriría hasta que se predicara el Evangelio en todas las naciones (Mt. 24:14). Y al final, vendrán a la ciudad-jardín-templo del nuevo cielo y la nueva tierra de todas las tribus y grupos étnicos. Entrarán por las puertas de la ciudad y adorarán allí al Señor. Y, presumiblemente, su identidad étnica permanecerá aparente como un signo de la gracia multifacética de Dios puesta en exhibición.

Todo se trata de la adoración: Y Jesús estará allí. El culmen³⁵ de lo que Juan ve está en la descripción dada acerca de la adoración que se ofrece en el nuevo templo: “El trono de Dios y del Cordero estará en ella; y sus siervos le servirán” (Ap. 22:3).

¿Te suena aburrida y poco emocionante la idea de adorar a Dios? ¿Quién quiere pasar la eternidad adorando a Dios? Los hijos redimidos de Dios sí. Es instintivo. Quieren adorarlo todo el tiempo, en ambientes formales con otros y en ambientes privados cuando están ocupados en su pasatiempo favorito. Habiendo experimentado la gracia del Evangelio, la adoración es un reflejo. Toda la vida es un acto de adoración, tanto ahora como lo será entonces. La doxología³⁶ es para lo que fuimos hechos. Si no la deseamos aquí y ahora, inevitablemente, encontraremos perturbadoras, las descripciones de una eternidad de adoración.

En el corazón de la adoración está el Hijo. En la Nueva Jerusalén, la nueva ciudad-jardín-templo, no habrá más noche (Ap. 22:5). Es una afirmación extraña que no pretende ser una indicación científica, astronómica de que no habrá sol, luna, sistemas planetarios ni estrellas en el cosmos renovado. Con el tiempo, nuestro sol actual se consumirá. Y aunque no tengo ninguna explicación científica para el concepto de luz eterna que emana de un sol, por mi parte, espero un universo lleno de estrellas y galaxias —las mismas que vemos ahora—. Y me emociona pensar que sea posible viajar a una de ellas.

Lo que Juan quiere decir es que, aquí y ahora, vemos por espejo, oscuramente (1 Co. 13:12), pero allí, le veremos cara a cara. Él será la luz que no se compara con ninguna otra luz. Él eclipsará al sol. Como dijo Anne Cousin:

*La novia su vestido, allí no mirará,
sino de su Esposo la muy hermosa faz;
ni gloria, ni corona, sino a mi amado Rey
veré en la muy gloriosa tierra de Emanuel*³⁷.

³⁵ **Culmen** – Parte cumbre, cúspide, pináculo o más sublime de algo.

³⁶ **Doxología** – Expresión de alabanza al Dios trino, establecida en la Biblia.

³⁷ **Nota del editor** – Tomado del himno ‘Las arenas del tiempo se hundirán’ (*The Sands of Time Are Sinking*) de Anne Cousin (1824-1906), traducido al español con el título ‘La tierra de

La mayor parte del nuevo cielo y la nueva tierra es ver a Jesús en toda su gloria.

Tomado de *El cielo en la Tierra: Lo que la Biblia enseña sobre la vida por venir (Heaven on Earth: What the Bible Teaches about Life to Come)*, Christian Focus Publications, usado con permiso; www.christianfocus.com

Derek W. H. Thomas: Pastor presbiteriano, autor y teólogo; nacido en Carmarthen, Gales, Reino Unido.



Los santos en el cielo tendrán más conocimiento de Cristo que los más avanzados en la tierra. Como alguien ha dicho, el bebé en Cristo, admitido en el cielo, descubre más de Cristo en una sola hora que lo que saben todos los teólogos de las asambleas de la Iglesia en la tierra. —*Charles Spurgeon*

En el cielo habrá gozos tan grandes que ningún geómetra puede medir; tantos gozos que ningún aritmético puede contar y tan maravillosos que ningún retórico podría expresar, aun si tuviera lenguas de hombres y de ángeles. Habrá gozo dentro de ti, gozo fuera de ti, gozo sobre ti, gozo debajo de ti y gozo a tu alrededor. El gozo se extenderá por todos los miembros de tu cuerpo y sobre todas las facultades de tu alma. En el cielo, tu conocimiento será pleno, tu amor pleno, tus visiones de Dios plenas, tu comunión con Dios plena, tu fruición de Dios plena y tu conformidad con Dios plena, y de ahí surgirá la plenitud del gozo. —*Thomas Brooks*

¡Oh, el cielo arroja un dulce aroma a lo lejos para los que tienen olfato espiritual! Dios ha hecho muchas flores hermosas, pero la más hermosa de todas es el cielo y la Flor de todas las flores es Cristo. ¡Oh! ¿Por qué no remontamos el vuelo hacia ese Ser amado? ¡Ay, qué gran escasez de amor y de amantes de Cristo hay entre todos nosotros! —*Samuel Rutherford*

Nada es más contrario a una esperanza celestial que un corazón terrenal. —*William Gurnall*

¿Qué es el cielo, sino un intercambio eterno de amor entre el Dios santo y las almas santas? —*Matthew Henry*

Lector, quiero que vayas al cielo cuando acabe esta vida. Quiero que el cielo esté muy lleno y quiero que tú seas uno de sus habitantes. —*J. C. Ryle*

BUSCANDO EL MUNDO DEL AMOR

Jonathan Edwards (1703-1758)

Lo que ha sido dicho sobre este tema [del cielo], bien puede despertar y alarmar a los impenitentes³⁸. *Primero*, haciéndoles recordar su miseria por no tener parte ni derecho en este mundo de amor. Ustedes han oído lo que se ha dicho del cielo, qué clase de gloria y bienaventuranza hay allí, y cuán felices son los santos y los ángeles en ese mundo de amor perfecto. Pero consideren que nada de esto les pertenece. Cuando oyen hablar de tales cosas, oyen hablar de aquello en lo que no tienen ningún interés. Ninguna persona como ustedes —un malvado que odia a Dios y a Cristo, y que está bajo el poder de un espíritu de enemistad contra todo lo que es bueno— entrará allí jamás. Los que son como ustedes, nunca pertenecen al fiel Israel de Dios y nunca entrarán en su descanso celestial. Se les puede decir, como Pedro dijo a Simón (Hch. 8:21): “No tienes parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios” y como Nehemías dijo a Sanbalat y sus asociados: “No tenéis parte, ni derecho, ni memoria, en Jerusalén” (Neh. 2:20). Si un alma como la tuya fuera admitida en el cielo, ese mundo de amor, ¡cuan nauseabundo sería para aquellos espíritus benditos, cuyas almas son como una llama de amor! ¡Cómo [perturbaría] esa sociedad amorosa y bendita, y pondría todo en confusión! El cielo dejaría de serlo si tales almas fuesen admitidas en él. ¡Esto lo cambiaría de ser un mundo de amor a ser un mundo de odio, orgullo, envidia, malicia y venganza, como lo es este mundo! Pero esto nunca sucederá y la única alternativa es que los que son como tú, sean excluidos con “los perros [que] estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Ap. 22:15); es decir, con todo lo que es vil, inmundo e impío. Y este tema bien puede despertar y alarmar a los impenitentes.

Segundo, mostrándoles que están en peligro de ir al infierno, el cual es un mundo de odio. Hay tres mundos. Uno es éste, que es un mundo intermedio, un mundo en el cual el bien y el mal están tan mezclados que es una señal segura de que este mundo no va a continuar para siempre. Otro es el cielo, un mundo de amor sin ningún odio. Y el otro es el infierno, un mundo de odio donde no hay amor, que es el mundo al que, propiamente, pertenecen todos los que están en un estado sin Cristo.

³⁸ **Los impenitentes** – Aquellos que no sienten vergüenza ni arrepentimiento por sus pecados; no arrepentidos.

Este último, es el mundo donde Dios manifiesta su desagrado e ira, como en el cielo manifiesta su amor. Todo en el infierno es odioso. No hay un solo objeto allí que no sea [repugnante] y detestable, horrible y odioso. No se ve allí ninguna persona ni cosa alguna que sea amable o amorosa; nada que sea puro, santo o agradable, sino todo abominable y [repugnante]. Allí no hay más seres que demonios y espíritus condenados que son como demonios. El infierno es, por así decirlo, una inmensa guarida de serpientes venenosas que sisean —la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y con ella toda su odiosa prole—.

En ese mundo oscuro, no están sino aquellos a quienes Dios odia con un odio perfecto y eterno. Allí, Él no ejerce amor ni extiende misericordia a ningún objeto, sino que derrama sobre ellos horrores sin mezcla. Todas las cosas odiosas del vasto universo serán reunidas en el infierno, como en un vasto receptáculo preparado a propósito para que el universo que Dios ha creado pueda ser limpiado de su inmundicia, arrojándolo todo a este gran sumidero de maldad y aflicción. Es un mundo preparado a propósito para la expresión de la ira de Dios. Él ha hecho el infierno para esto y no tiene otro uso para él, sino testificar allí para siempre, su odio al pecado y a los pecadores, donde no hay ninguna muestra de amor o misericordia. No hay nada allí que no muestre la indignación y la ira divinas. Todos los objetos manifiestan ira. Es un mundo desbordado por un diluvio de ira, por decirlo así, por un diluvio de fuego líquido, tanto que es llamado el lago de fuego y azufre y la muerte segunda.

No hay nadie en el infierno, sino los que han odiado a Dios y así, han procurado su ira y odio sobre sí mismos; y allí, ellos continuarán odiándole para siempre. En el infierno nunca se sentirá amor a Dios; pero todos allí, lo odian perfectamente y lo continuarán odiando. Sin restricción alguna, [ellos] le expresarán su odio, blasfemando y rabiando contra Él, mientras se muerden la lengua de dolor. Y aunque todos se unen en su enemistad y oposición a Dios, no hay unión ni amistad entre ellos. No están de acuerdo, sino en el odio y en la expresión del odio. Odian a Dios, a Cristo, a los ángeles y a los santos del cielo y, no sólo eso, sino que se odian unos a otros como una compañía de serpientes o víboras, no sólo escupiendo veneno contra Dios, sino unos a otros —mordiéndose, picándose y atormentándose mutuamente...—.

En el infierno reinarán y se propagarán todos aquellos principios que son contrarios al amor, sin ninguna gracia restrictiva que los mantenga dentro de los límites. Allí habrá orgullo desenfrenado, malicia, envidia, venganza y contienda en toda su furia y sin fin, sin conocer nunca la paz. Los miserables habitantes se morderán y devorarán unos a otros, además de ser enemigos de Dios, de Cristo y de los seres santos. Aquellos que, en

su maldad en la tierra, eran compañeros y tenían una especie de amistad carnal entre sí, allá no tendrán ninguna apariencia de compañerismo, sino que existirá entre ellos, un odio perfecto, continuo y manifiesto. Así como en la tierra promovieron los pecados de los demás, ahora en el infierno, promoverán el castigo de los demás...

Ahora consideren, todos ustedes que están fuera de Cristo, que nunca fueron nacidos de nuevo y que nunca tuvieron ninguna bendita renovación de sus corazones por el Espíritu Santo implantando el amor divino en ellos, llevándolos a escoger la felicidad que consiste en el amor santo como su mejor y más dulce bien, y a pasar su vida luchando por la santidad. Consideren su peligro y lo que tienen ante ustedes porque éste es el mundo al que están condenados. [Éste es] el mundo al que pertenecen por la sentencia de la ley, y el mundo en el que, cada día y cada hora, están en peligro de tener fijada su morada para siempre. [Éste es] el mundo al que, si no se arrepienten, pronto irán, en lugar de ir a ese bendito mundo de amor del que ahora has oído hablar.

Considera, ¡oh! considera que, en verdad, es así contigo. Estas cosas no son fábulas ingeniosamente inventadas, sino las grandes y terribles realidades de la palabra de Dios —cosas que, dentro de poco, sabrás con certeza eterna que son verdaderas—. ¿Cómo, entonces, pueden descansar en el estado en que se encuentran y andar tan descuidadamente día tras día, tan despreocupados y negligentes de sus preciosas e inmortales almas?...

Que la consideración de lo que ha sido dicho acerca del cielo, nos estimule a todos a buscarlo fervientemente. Si el cielo es un mundo tan bendito, entonces que sea nuestro país escogido y la herencia que buscamos y anhelamos. Dirijamos nuestro rumbo en esta dirección y avancemos hacia su posesión. No es imposible que obtengamos este mundo glorioso. Se nos ofrece. Aunque sea un país tan excelente y bendito, Dios está dispuesto a darnos una herencia allí, si es el país que deseamos, escogemos y buscamos diligentemente. Dios nos da la posibilidad de elegir. Podemos tener nuestra herencia dondequiera que la escojamos y podemos obtener el cielo si lo buscamos con paciencia y perseverancia en las buenas obras...

Que lo que hemos oído acerca de la tierra del amor, nos impulse a todos a volver nuestros rostros hacia ella y a dirigir nuestro rumbo hacia allá. Lo que hemos oído acerca del feliz estado de ese país y de las muchas delicias que hay en él, ¿no es suficiente para hacernos desear su presencia, para que, con la mayor seriedad y firmeza de resolución, avancemos hacia él y pasemos toda nuestra vida viajando por el camino que conduce allí? ¡Qué gozosa noticia podría ser para nosotros oír hablar de

tal mundo de paz perfecta y de amor santo, y oír que es posible, sí, que hay plena oportunidad para que lleguemos a él y pasemos una eternidad en sus gozos!... [Mira] aquí, indicaciones sobre cómo buscar el cielo:

Primero, no dejes que tu corazón vaya tras las cosas de este mundo como tu mayor bien. No te complazcas en la posesión de cosas terrenales como si fueran a satisfacer tu alma. Esto es lo contrario de buscar el cielo; es ir por un camino contrario al que conduce al mundo del amor. Si quieres buscar el cielo, tus afectos deben apartarse de los placeres del mundo. No debes permitirte la sensualidad, la mundanalidad, la búsqueda de los placeres u honores del mundo, ni ocupar tus pensamientos o tu tiempo en amontonar el polvo de la tierra. Debes mortificar los deseos de vanagloria y hacerte pobre de espíritu y humilde de corazón.

Segundo, en tus meditaciones y ejercicios santos debes ocuparte mucho en tener comunión con personas, cosas y goces celestiales. No puedes estar constantemente buscando el cielo sin tener muchos de tus pensamientos allí. Dirige entonces, la corriente de tus pensamientos y afectos hacia ese mundo de amor, hacia el Dios de amor que allí mora, y hacia los santos y ángeles que están a la diestra de Cristo. Que tus pensamientos, también estén, mayormente, en los objetos y goces del mundo del amor. Ten mucha comunión con Dios y con Cristo en la oración, y piensa, a menudo, en todo lo que hay en el cielo —en los amigos que están allí, en las alabanzas y la adoración allí y en todo lo que constituirá la bienaventuranza de ese mundo de amor—. Que tu comunión sea con el cielo.

Tercero, conténtate al atravesar todas las dificultades en el camino hacia el cielo. Aunque el camino está ante ti y puedes caminar por él si lo deseas, es un camino ascendente y lleno de muchas dificultades y obstáculos. Esa gloriosa ciudad de luz y amor está, por así decirlo, en la cima de una alta colina o montaña, y no hay forma de llegar a ella, sino por escalones ascendentes y [agotadores]. Pero, aunque el ascenso sea difícil y el camino esté lleno de pruebas, vale la pena enfrentarlas todas para poder llegar y habitar al fin, en tan gloriosa ciudad. Disponte entonces, a someterte al trabajo, a enfrentar las fatigas y a superar las dificultades. ¿Qué es todo esto en comparación con el dulce descanso que está final de tu viaje? Disponte a superar la inclinación natural de la carne y la sangre, que es hacia abajo, y avanza y asciende hacia el premio. A cada paso, será más y más fácil ascender; y cuanto más alto asciendas, más te alegrará la gloriosa perspectiva que tienes ante ti y la visión más cercana de esa ciudad celestial donde, dentro de poco, descansarás para siempre.

Cuarto, en todo tu camino, fija tus ojos en Jesús, quien ha ido al cielo como tu precursor. Míralo a Él. Contempla su gloria en el cielo para que,

al verla, te sientas más deseoso de estar allí. Míralo en su ejemplo. Considera cómo, por su paciente perseverancia en hacer el bien y por su paciente resistencia ante grandes sufrimientos, fue delante de ti al cielo. Míralo como tu mediador y confía en la expiación que Él ha hecho, entrando en el lugar santísimo en el templo superior. Míralo como tu intercesor, siempre abogando por ti ante el trono de Dios. Míralo a Él como tu fortaleza para que, por su Espíritu, te capacite para seguir adelante y superar todas las dificultades del camino. Confía en sus promesas del cielo para aquellos que le aman y le siguen, las cuales, Él ha confirmado entrando en el cielo como cabeza, representante y Salvador de su pueblo. Y, ...

Quinto, si quieres estar en el camino hacia el mundo del amor, procura vivir una vida de amor a Dios y de amor a los hombres. Todos esperamos tener parte en el mundo del amor en el más allá y, por eso, debemos albergar el espíritu del amor y vivir una vida de amor santo aquí en la tierra. Ésta es la manera para ser semejantes a los habitantes del cielo, quienes ahora, están confirmados en el amor para siempre. Sólo de esta manera, podrás ser como ellos en excelencia y hermosura, y también como ellos en felicidad, descanso y gozo. Viviendo en el amor en este mundo, puedes ser como ellos también en la dulce y santa paz, y así, tener en la tierra, el anticipo de los placeres y delicias celestiales. También, podrás tener un sentido de la gloria de las cosas celestiales, así como de Dios, de Cristo y de la santidad; y tu corazón [estará] dispuesto y abierto por el santo amor a Dios, y por el espíritu de paz y amor a los hombres, a un sentido de la excelencia y dulzura de todo lo que ha de ser encontrado en el cielo. Así se abrirán, por así decirlo, las ventanas de los cielos para que su gloriosa luz brille sobre tu alma. Así, podrás tener la evidencia de tu idoneidad para ese mundo bendito y de que, realmente, estás en camino a poseerlo. Y siendo así hecho [apto] mediante la gracia “para participar de la herencia de los santos en luz” (Col. 1:12), cuando hayan pasado algunos días más, estarás con ellos en su bienaventuranza para siempre. ¡Felices, tres veces felices [son] aquellos que sean hallados fieles hasta el fin y, entonces, serán recibidos en el gozo de su Señor! Allí “ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Ap. 7:16-17).

Tomado de *El cielo: Un mundo de amor (Heaven: A World of Love)*, disponible en
CHAPEL LIBRARY.



TRAVESÍA A LA CIUDAD CELESTIAL

John Bunyan (1628-1688)

DESPUÉS, vi en mi sueño que los peregrinos habían pasado la Tierra Encantada y entrado en el país de Beula, cuyo ambiente era muy dulce y agradable, y como el camino pasaba por este país, los peregrinos se solazaron³⁹ allí por algún tiempo (Is. 62:4). Sí, allí les fue agradable oír, continuamente, el canto de las aves y ver aparecer, cada día, las flores en los campos y oír la voz de la tórtola en la tierra (Cnt. 2:10-12). En esta tierra, alumbraba el sol día y noche, pues está más allá del valle de sombra de muerte y también, fuera del alcance del Gigante Desesperación; ni tampoco, desde este lugar, podían ver siquiera el castillo de la Duda. Aquí estaban a la vista de la ciudad a donde iban y aquí, encontraron algunos de sus habitantes, dado que, en este país, los Seres Resplandecientes solían pasear porque está al lado del cielo. En esta tierra, también se renovó el pacto entre la novia y el novio; sí, aquí, como el novio se regocija por la novia, así, su Dios, se regocijó con ellos (Is. 62:5). Aquí no les faltó trigo ni vino porque, en este lugar, encontraron abundancia de lo que habían buscado en toda su peregrinación (v. 8). Allí, oyeron voces que salían de la ciudad, voces fuertes, que decían: “Decid a la hija de Sion: He aquí que viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él” (v. 11). Aquí todos los habitantes del país los llamaban: “Pueblo santo, Redimidos de Jehová; ... deseada” (v. 12); etc.

Ahora, mientras caminaban por esta tierra, se regocijaban más que en las partes más remotas del reino al que estaban destinados y, cuanto más se acercaban a la ciudad, tenían una vista más clara de ella. Estaba hecha de perlas y piedras preciosas, sus calles eran de oro, de manera que, a causa de la gloria natural de la ciudad y el reflejo de los rayos del sol que la hacían resplandecer aún más, Cristiano se sintió enfermo y Esperanza también tuvo uno o dos ataques de la misma enfermedad. Por eso, aquí estuvieron un tiempo, gritando a causa de sus dolores: “Si halláis a mi amado, que le hagáis saber que estoy enferm[o] de amor” (Cnt. 5:8).

Pero un poco fortalecidos y más capaces de soportar su enfermedad, siguieron su camino y llegaron aún más cerca donde había huertos, viñedos y jardines, cuyas puertas daban al camino real. Ahora, cuando llegaron a estos lugares, he aquí que el jardinero estaba en el camino, a quien los peregrinos dijeron: ‘¿De quién son estos hermosos viñedos y

³⁹ Solazaron – Reconfortaron.

jardines?'. Él respondió: 'Son del Rey y están plantados aquí para su propio deleite, y también para el solaz de los peregrinos'. Entonces, el jardinero los hizo entrar en los viñedos y les ordenó que se refrescaran con los manjares (Dt. 23:24). También, les mostró allí, los senderos del Rey y las estancias donde Él se complacía en estar; y aquí se detuvieron y durmieron.

Ahora, en mi sueño contemple que, en aquel momento, hablaban más mientras dormían que en todo su viaje y estando pensativo⁴⁰, el jardinero me dijo: '¿Por qué piensas en esto? Es la naturaleza del fruto de las uvas de estas viñas descender tan dulcemente que hace hablar a los labios de los que duermen'.

Vi, pues, que cuando despertaron, se dirigieron a subir a la ciudad. Pero, como he dicho, el reflejo del sol sobre la ciudad —pues “la ciudad era de oro puro” (Ap. 21:18)— era tan extremadamente glorioso, tanto que no podían aún, contemplarla directamente, sino por medio de un instrumento hecho para ese fin (2 Co. 3:18). Así, vi que cuando seguían su camino, salieron a su encuentro, dos varones con vestiduras que brillaban como el oro y sus rostros eran relucientes como la luz.

Estos hombres preguntaron a los peregrinos de dónde venían y ellos se lo dijeron. También les preguntaron dónde se habían alojado, qué dificultades y peligros, qué comodidades y placeres habían encontrado en el camino, y ellos se lo contaron. Entonces, dijeron los hombres que salieron a su encuentro: 'No les quedan más que dos dificultades que encontrar y entonces, estarán en la ciudad'.

Entonces, Cristiano y su compañero, pidieron a los hombres que les acompañaran y ellos les dijeron que lo harían. 'Pero', dijeron ellos, 'deben obtenerlo por su propia fe'. Por tanto, vi en mi sueño que seguían juntos hasta que llegaron a la vista de la puerta.

Además, vi que entre ellos y la puerta estaba un río, pero no había puente para pasarlo y el río era muy profundo. A la vista de este río, los peregrinos se turbaron, pero los varones que se habían acercado a ellos dijeron: 'Tienen que pasar el río, si no, no podrán llegar a la puerta'.

Los peregrinos comenzaron entonces, a preguntar si no había otro camino hacia la puerta; a lo que ellos respondieron: 'Sí, pero a nadie, excepto a dos, a saber, Enoc y Elías, se le ha permitido andar ese camino desde la fundación del mundo y a nadie se le permitirá hacerlo hasta que suene la última trompeta' (1 Co. 15:51-52). Los peregrinos entonces, es-

⁴⁰ **Pensativo** – En el original en inglés, 'muse', puede ser traducido como 'pensando profundamente acerca de algo, meditando'.

pecialmente Cristiano, empezaron a desanimarse en sus mentes y miraban a un lado y a otro, pero no encontraban la manera de escapar del río. Por lo tanto, preguntaron a los varones si el agua era de la misma profundidad en todas partes. Ellos respondieron: ‘No’. Sin embargo, no podían ayudarles en ese caso. ‘Porque’, dijeron, ‘hallarán el río de mayor o menor profundidad, según ustedes crean⁴¹ en el Rey del país’.

Se dirigieron entonces al agua y, al entrar, Cristiano empezó a hundirse y, gritando a su buen amigo Esperanza, dijo: ‘¡Me hundo en aguas profundas; las olas pasan por encima de mi cabeza, tus ondas y tus olas han pasado por encima de mí!’ (Ver Sal. 42:7). Selah⁴².

Entonces, dijo Esperanza: ‘Ten ánimo, hermano mío; siento el fondo, y es firme’. Pero Cristiano dijo: ‘¡Ah, amigo mío! Me rodearon ligaduras de muerte (Ver Sal. 116:3); ya no veré la tierra que mana leche y miel’. Y con esto, una grande y horrorosa oscuridad cayó sobre Cristiano, tanto que no podía ver por dónde iba. Y aquí, perdió en gran medida sus sentidos, de modo que no podía ni recordar ni hablar sensatamente de ninguno de aquellos dulces consuelos que había encontrado en el camino de su peregrinaje. Pero con todas las palabras que él habló, demostraba que él tenía horror en su mente y temía en su corazón que iba morir en ese río y nunca obtener la entrada por la puerta. Aquí también, como percibieron los que estaban cerca, estaba muy preocupado por los pecados que había cometido, tanto desde cuando comenzó a ser peregrino como antes. También, se observó que estaba atormentado por apariciones de demonios y espíritus malignos, puesto que, de vez en cuando, lo insinuaba mucho con palabras. Esperanza, por lo tanto, se vio en apuros tratando de mantener la cabeza de su hermano fuera del agua; sí, a veces se hundía totalmente y luego, al pasar un rato, él salía otra vez medio muerto. Esperanza también se esforzaba por consolarlo, diciendo: ‘¡Hermano, veo la puerta y a los hombres que nos esperan para recibirnos!’. Pero Cristiano le respondía: ‘Es a ti, es a ti a quien esperan; has conservado tu esperanza desde el primer momento en que te conocí’. ‘Y a ti también’, le dijo a Cristiano. ‘¡Ah, hermano!’, dijo él, ‘seguramente, si yo tuviera razón, Él se levantaría ahora para ayudarme; pero por mis pecados, me ha hecho caer en la trampa y me ha abandonado’. Entonces dijo Esperanza: ‘Hermano mío, has olvidado por completo el texto donde se dice de los impíos: “No tienen congojas por su muerte, pues su vigor está entero. No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres” (Sal. 73:4-5). Estas aflicciones y amargas por las

⁴¹ **Según ustedes crean** – De acuerdo al grado de su fe.

⁴² **Selah** – Palabra hebrea que se encuentra en los salmos del Antiguo Testamento y que significa hacer una pausa y considerar lo que se acaba de decir.

que estás pasando en estas aguas, no son señal de que Dios te haya desamparado, sino que son enviadas para probarte y para ver si te acuerdas de lo que, por su bondad hasta ahora, has recibido, y para que te apoyes en Él en tus aflicciones’.

Entonces, vi en mi sueño que Cristiano estaba meditabundo durante un rato. Y Esperanza añadió esta palabra: “Confiad... Jesucristo te sana” (Jn. 16:33; Hch. 9:34). Y al decir esto, Cristiano prorrumpió en un fuerte grito: ‘¡Oh! Lo veo de nuevo y me dice: “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán” (Is. 43:2)’.

Entonces, ambos se armaron de valor y el enemigo se quedó tan quieto como una piedra hasta que lo pasaron por encima. Y muy pronto, sus pies tocaron fondo y Cristiano encontró terreno donde pararse, y resultó que el resto del río era poco profundo y acabaron de pasar sin tener más problemas.

Ahora, en la orilla del río, al otro lado, volvieron a ver a los dos varones resplandecientes que allí les esperaban; por lo que, habiendo salido del río, les saludaron diciendo: Somos espíritus ministradores, enviados para ministrar en favor de los que serán herederos de la salvación (He. 1:14). Así pues, todos se dirigieron hacia la puerta. Ahora debes notar que la ciudad estaba sobre una alta colina, pero los peregrinos subieron esa colina con facilidad porque tenían a los dos seres que les daban el brazo; también, habían dejado sus vestiduras mortales detrás de ellos en el río porque, aunque entraron con ellas, salieron sin ellas (1 Co. 15:51-57). Por tanto, subieron con mucha agilidad y rapidez, aunque los cimientos sobre los que estaba construida la ciudad eran más altos que las nubes. Subieron, pues, por las regiones del aire, hablando dulcemente mientras avanzaban, siendo reconfortados porque habían cruzado el río a salvo y tenían tan gloriosos compañeros que los asistían.

La conversación que mantuvieron con los Seres Resplandecientes, trató sobre la gloria del lugar, quienes les dijeron que su belleza y gloria eran inexpresables. ‘Allí’, dijeron ellos, ‘es el monte de Sion... la Jerusalén celestial... la compañía de muchos millares de ángeles... y de los espíritus de los justos hechos perfectos (He. 12:22-24)’.

‘Van ustedes ahora’, dijeron, ‘al paraíso de Dios, donde verán el árbol de la vida y comerán de sus frutos que nunca se marchitan (Ap. 2:7); y cuando lleguen allí, se les darán vestiduras blancas (Ap. 3:4), y su andar y conversación será cada día con el Rey, por todos los días de la eternidad (Ap. 22:5). Allí no volverán a ver las cosas que vieron cuando estaban en la región inferior, sobre la tierra como, por ejemplo, tristeza, enfermedad, aflicción y muerte, “porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4). Ahora, irán con Abraham, Isaac, Jacob y los profetas —hombres que Dios ha

arrebatado del mal venidero y que ahora descansan en sus lechos, caminando cada uno en su justicia— (Is. 57:1-2; 65:17)’.

Los hombres preguntaron entonces: ‘¿Qué debemos hacer en el lugar santo?’. A lo que se les respondió: ‘Allí recibirán descanso de todo su trabajo y tendrán gozo en lugar de tristeza, segarán lo que sembraron, los frutos de sus oraciones y lágrimas y sufrimiento por amor del Rey durante su camino (Gá. 6:7). En ese lugar, tendrán coronas de oro y gozarán por toda la eternidad de la vista y visión del Santo porque lo verán tal como Él es (1 Jn. 3:2). Allí también, le servirán continuamente con alabanzas, aclamaciones y con acciones de gracias a Aquel a quien quisieron servir en el mundo, aunque con mucha dificultad a causa de la flaqueza de su carne. Sus ojos estarán deleitados al ver y sus oídos de oír la placentera voz del Todopoderoso. Allí volverán a gozar de sus amigos que fueron allá antes que ustedes y allí recibirán con alegría, incluso, a todos los que les sigan al lugar santo después de ustedes. Allí también, serán revestidos de gloria y majestad y de un ropaje adecuado para cabalgar con el Rey de gloria. Cuando Él venga con sonido de trompeta en las nubes como sobre las alas del viento, ustedes vendrán con Él; y cuando Él se siente en el trono del juicio, ustedes se sentarán junto a Él; sí, y cuando Él dicte sentencia contra todos los obradores de iniquidad, sean ángeles u hombres, ustedes también tendrán voz en ese juicio porque ellos eran los enemigos de Él y de ustedes también (1 Ts. 4:13-17; Jud. 14; Dn. 7:9-10; 1 Co. 6:2-3). Y cuando Él vuelva otra vez a la ciudad, irán también ustedes, al toque de trompeta y estarán siempre con Él’.

Ahora, mientras se acercaban así a la puerta, he aquí que una compañía de las huestes celestiales salió a recibirlos, a la que dijeron los otros dos Resplandecientes: ‘Estos son los hombres que han amado a nuestro Señor cuando estaban en el mundo y que lo han dejado todo por su santo nombre; y Él nos ha enviado a buscarlos, y los hemos traído hasta aquí en su deseado viaje para que puedan entrar y mirar a su Redentor a la cara con gozo’. Entonces, las huestes celestiales exclamaron con voz de júbilo, diciendo: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (Ap. 19:9). Salieron también en aquel momento, a su encuentro, varios trompeteros del Rey, vestidos de blanco y resplandeciente traje, los cuales, con armoniosas y fuertes melodías, hicieron resonar hasta los cielos con su sonido. Estos trompeteros, saludaron a Cristiano y a su compañero con diez mil bienvenidas del mundo; y esto lo hicieron con exclamaciones y sonidos de trompeta.

Hecho esto, los rodearon por todas partes; unos iban delante, otros detrás y algunos a la derecha, otros a la izquierda (como para guardarlos a través de las regiones superiores), tocando continuamente melodiosos

sonidos, en notas altas, a medida que avanzaban, de modo que todos contemplaban la misma vista, era como si el mismo cielo hubiera bajado a recibirlos. Así, por lo tanto, caminaron juntos y mientras caminaban, de vez en cuando, estos trompeteros, incluso con sonido alegre, mezclando su música con miradas y gestos, le expresaban a Cristiano y a su hermano, cuán bienvenidos eran en su compañía y con qué alegría venían a su encuentro. Y ahora, estaban estos dos hombres, por decirlo así, en el cielo, antes de llegar a él, siendo sobrecogidos con la vista de los ángeles y escuchando sus melodiosas notas. Desde aquí, veían también la ciudad, y les pareció oír que sus campanas repicaban para celebrar su llegada. Pero, sobre todo, los cálidos y gozosos pensamientos acerca de que ellos mismos vivirían en semejante compañía y eso, para siempre jamás. ¡Oh, con qué lengua o pluma podría expresarse su gloriosa alegría! Y así, ellos arribaron a la puerta.

Ahora, cuando llegaron a la puerta, estaba escrito sobre ella, en letras de oro: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad” (Ap. 22:14).

Entonces, vi en mi sueño que los Seres Resplandecientes les ordenaban llamar a la puerta; lo cual hicieron, y aparecieron algunos mirando por encima de la puerta, a saber, Enoc, Moisés y Elías, etc., a quienes se les dijo: ‘Estos peregrinos han llegado de la ciudad de la Destrucción, por el amor que profesan al Rey de este lugar’. Y entonces, cada uno de los peregrinos entregó el certificado que había recibido al principio; los cuales, por tanto, fueron llevados al Rey, quien, cuando los hubo leído, preguntó: ‘¿Dónde están estos hombres?’. A lo que se respondió: ‘Están fuera de la puerta’. El Rey ordenó entonces: “Abrid las puertas, y entrará la gente justa, guardadora de verdades” (Is. 26:2).

Ahora, vi en sueños que aquellos dos hombres entraban por la puerta y he aquí que, al entrar, se transfiguraban y se vestían con ropas que brillaban como el oro. También, les salieron al encuentro con arpas y coronas y se las dieron —las arpas para alabar al Señor y las coronas en señal de honra—. Entonces, oí en mi sueño que todas las campanas de la ciudad volvían a repicar de gozo y que se les decía: “ENTRA EN EL GOZO DE TU SEÑOR” (*Ver* Mt. 25:21, 23). Oí también que los hombres cantaban a gran voz, diciendo: “AL QUE ESTÁ SENTADO EN EL TRONO, Y AL CORDERO, SEA LA ALABANZA, LA HONRA, LA GLORIA Y EL PODER, POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS” (Ap. 5:13).

Justo cuando se abrieron las puertas para dejar entrar a los peregrinos, miré hacia adentro y he aquí, ¡la ciudad brillaba como el sol! Las calles también eran de oro y por ellas caminaban muchos hombres con coronas en la cabeza, palmas en las manos y arpas de oro con las que cantaban

alabanzas. Había también algunos de ellos que tenían alas y se respondían unos a otros sin cesar, diciendo: “Santo, santo, santo, es el Señor” (*Ver Ap. 4:8*). Y después de esto, cerraron las puertas y cuando vi que se cerraron, hubiera deseado estar entre ellos.

Ahora, mientras yo contemplaba todas estas cosas, volví la cabeza para mirar atrás y vi a Ignorancia que se acercaba a la orilla del río. Pero no tardó en pasar y eso, sin la mitad de las dificultades con que tropezaron los otros dos peregrinos. Porque aconteció que había entonces en ese lugar, un barquero llamado Vana-Esperanza, quien con su barca, le ayudó a pasar; de modo que Ignorancia, como los otros que vi, subió la colina para llegar a la puerta, sólo que vino solo. Nadie salió a recibirlo con una palabra de aliento. Cuando llegó a la puerta, miró hacia arriba, hacia la escritura que estaba encima y entonces, comenzó a llamar, suponiendo que, muy pronto, le sería permitida la entrada; pero fue interrogado así por los hombres que se asomaron por encima: ¿De dónde vienes? y ¿qué quieres? Él respondió: He comido y bebido en presencia del Rey y Él ha enseñado en nuestras calles. Entonces, le pidieron su certificado para que ellos pudieran ir y mostrárselo al Rey; y él, buscándolo a tientas en su seno, no lo halló. Entonces, le preguntaron, ¿No tienes certificado? Pero el hombre no respondió ni una palabra. Así que ellos se lo dijeron al Rey, pero Él no quiso bajar a verle, sino que ordenó a los dos Seres Resplandecientes que condujeron a Cristiano y Esperanza a la Ciudad, que salieran y tomaran a Ignorancia, le ataran de pies y manos, y se lo llevaran. Y así, lo levantaron y lo llevaron por el aire hasta la puerta que vi en la ladera de la colina y allí lo dejaron. ¡Entonces, entendí que hay un camino al infierno, incluso, desde las puertas del cielo, al igual que desde la ciudad de la Destrucción!

Tomado de El progreso del peregrino, Parte uno (*The Pilgrim's Progress, Part One*), disponible en CHAPEL LIBRARY.

John Bunyan (1628-1688): Ministro inglés, predicador y uno de los escritores más influyentes del siglo XVII; nacido en Elstow, cerca de Bedford, Inglaterra, Reino Unido.

